UN CORRESPONSAL EN LA GUERRA DE TROYA

FERNANDO DIAZ-PLAJA

PRÓLOGO

En 1961, cuando el mundo erudito hablaba todavía del descubrimiento de los «Rollos» del Mar Muerto, un pastor de Creta, buscando una cabra que se le había extraviado, encontró en una cueva unas monedas de oro del tiempo romano. En la sospecha de que podía haber más dinero enterrado, avisó a un compañero, y ambos trabajaron durante varias noches a la luz de unas antorchas mientras hacían de día la vida normal con sus rebaños, para evitar el compartir con nadie lo que pensaban les enriquecería. Pero su desilusión fue grande cuando, al romper un jarrón que hallaron enterrado en el fondo de la cueva, en lugar de monedas encontraron unos pergaminos. Uno de los pastores propuso quemarlos; el otro se opuso diciendo que siempre habría algún turista loco que les diera algo por ello. Efectivamente, cuando empezó la temporada de verano del mismo año, un inglés llamado John Baldwin aceptó comprarlos. Los pastores obtuvieron, tras mucho regateo, la cantidad de diez dólares, ya que se negaron a aceptar libras esterlinas.

John Baldwin no era ningún erudito. Su profesión era la de contable en una oficina de seguros, y si había ido a Creta no era en busca de tesoros arqueológicos, sino en pos del sol que en esa isla se anticipa tres meses a la británica. Compró los pergaminos porque pensó que algunos de ellos, todavía en buen estado, podían servir, bien enmarcados, para decorar la casita que se estaba construyendo en el condado de Kent; ello le daría un aire elegante de casa antigua, que es lo que los ingleses quieren que parezcan sus casas (todo lo contrario de los americanos). Pero antes de en-

marcarlos, ya de vuelta a Inglaterra, Baldwin tuvo el reparo intelectual de que aquellos pergaminos tuvieran una importancia superior a su valor decorativo y buscó, entre sus amistades, quien pudiera asesorarle. Así fue como el profesor de la Universidad de Leeds Arthur G. Rank tuvo la oportunidad de analizar el hallazgo de los pastores cretenses. Poco después, un enviado de la Biblioteca universitaria de Leeds fue a ver a Baldwin y, tras invocar el amor a la cultura del contable y las pocas posibilidades económicas de las Universidades británicas, consiguió que el señor Baldwin renunciara a sus pergaminos por una suma exigua, suma que el contable usó en parte para adquirir unos grabados con unos buques de velas desplegadas huyendo de una tormenta y que cuelgan hoy en las paredes de su casa de Kent.

Estas fueron las causas que determinaron la aparición, tres años más tarde —julio-agosto de 1964—, en los «British Classical Studies» de un artículo que provocó profundo interés entre los eruditos. Titulado Un corresponsal de guerra en Troya se componía de una presentación a cargo del profesor Rank y de la transcripción de un largo texto, hecha por los profesores Rank y Goldwin (de la Universidad de Liverpool). La síntesis de la presentación era la siguiente: «Tenemos aquí un documento realmente curioso pero cuya autenticidad no podemos garantizar. El texto, redactado en latín tardío —hacia el siglo V ó VI— revela, por su construcción sintáctica y algunas palabras filtradas, que se trata de una traducción del griego clásico. El tema del escrito es una serie de crónicas escritas por un llamado corresponsal de La Voz de Tartessos a su periódico, narrando las vicisitudes de la guerra troyana, a la que asistió como enviado especial. Naturalmente, las primeras preguntas que se hace el investigador son éstas: ¿Existía un periódico llamado La Voz de Tartessos? La antigüedad máxima del periodismo se da en las primeras tabellae que los romanos ponían en el foro para reflejar las noticias que llegaban de todas las partes del Imperio, pero, naturalmente, no hay ninguna razón para que otros periódicos no existiesen antes de ese tiempo, porque consuetudinaria es en el hombre la necesidad de información. La pregunta, sin embargo, se hace más complicada al preguntarnos: ¿Existía Tartessos en tiempos de la guerra de Troya? Como es sabido, Tartessos es la semimítica población mencionada en la Biblia y que se supone estaba en el sudoeste de España, concretamente entre las provincias actuales de Cádiz y Sevilla. Pero las referencias que tenemos de esa ciudad y de su imperio alcanzan sólo al siglo VIII antes de Jesucristo, mientras la guerra de Troya, según todos los datos disponibles, ocurrió hacia el siglo XIII a. de J.C. Claro que, como en el caso anterior, tampoco es ésa una prueba totalmente negativa. Que no tengamos noticias de Tartessos en el siglo XIII a. de J.C. no quiere decir que no existiera ese país por entonces. Simplemente que no dejó huellas de su existencia antes del siglo VIII...

»Con ello queremos decir que la autenticidad del documento, aun quedando sin probar, no puede tampoco condenarse sin más. Sobre todo, teniendo en cuenta que las reacciones químicas aplicadas a los pergaminos han dado un resultado positivo en cuanto a la antigüedad del material y que corresponde, más o menos, al tipo de letra y al estilo del lenguaje empleado. Lo que puede llevar a una conclusión que satisfaga al mismo tiempo a los escépticos y a los creyentes es el hecho material del documento. Es decir, podría tratarse de un fraude, pero de un fraude muy antiguo. Supongamos, por un momento, que un erudito de los tiempos medievales se divirtió en imaginar lo que hubiera sido la famosa guerra troyana si la hubiera podido contemplar un periodista de la época. Y se inventó el periódico a donde hubiera podido mandarlas.

»La pregunta queda en el aire. Nosotros creemos haber cumplido con nuestro deber de investigadores presentando la traducción de un texto que creemos realmente interesante y que hemos vertido al inglés procurando emplear las expresiones que usarían hoy los habituales de Fleet Street (1). Las conclusiones que saquen los lectores son tan lícitas como las nuestras.»

Nota: Tanto en mi calidad de adaptador del texto latino al público español como en la de historiador, comparto el criterio, mezcla de fe y de prudencia, de los primeros investigadores. En efecto, las dudas son grandes, pero también las posibilidades de que existiera en aquel tiempo el servicio periodístico a que se hace referencia y que guerra tan importante fuera cubierta como se merecía. En principio, yo mismo pensé que se trataba sencillamente de una imitación vulgar de la Ilíada, pero hay varios puntos que hacen descartar esta posibilidad. En primer lugar, un falsario no menciona jamás el lugar de donde ha sacado su versión, y el anónimo escritor menciona varias veces —sarcásticamente, por cierto— a Homero y a sus seguidores, cosa que en ninguna manera le convenía en caso de que hubiera copiado o «fusilado» como se

(1) Calle londinense donde tienen su sede los principales periódicos británicos.

dice en jerga literaria al gran poeta clásico. En segundo lugar, la descripción de los personajes de la Ilíada no se parece en nada a la homérica; la falta de respeto del tartésico es notable en ese aspecto. Y en tercer lugar, la Ilíada termina con la muerte de Hector, mientras estas crónicas alcanzan la caída de Troya y el retorno de los coaligados.

En suma, me parece interesante que el lector de hoy juzgue con mentalidad moderna la que fue guerra impresionante de la Historia antigua. Para ayudarle he empleado el castellano que usaría, probablemente, un periodista español de hoy, en esos casos.

PRIMERA CRÓNICA
NOTA DE LA REDACCIÓN

El trirreme que llevó a nuestro enviado especial a lejanas tierras asiáticas ha vuelto ya con dos noticias que alegrarán a nuestros lectores como nos han halagado a nosotros. La llegada del corresponsal sano y salvo y el envío de la primera crónica, crónica que el lector encontrará en las tablillas interiores. Es una satisfacción para nosotros haber sido el primer periódico ibérico que ha mandado un corresponsal a tan lejano país y el primero en publicar lo visto y oído por un testigo de mayor excepción. La dirección de La Voz de Tartessos no ha reparado en sacrificios económicos para que nuestros lectores puedan tener información de primera mano de una contienda que, estamos seguros, decidirá la suerte de la Humanidad durante años. La neutralidad declarada por el rey de Tartessos ante la conflagración declarada entre los poderosos aliados griegos y el reino de Troya y que dura ya nueve años, nos obliga, sí, a no tomar partido por ninguno de los dos bandos en lucha, pero no nos fuerza, no, a permanecer indiferentes. La atención del mundo civilizado se fija en esa esquina del Mediterráneo donde luchan dos concepciones de vida. La Voz de Tartessos ha querido estar presente, y sin regatear medios ha situado en el lugar de la acción a uno de nuestros mejores redactores, el jefe de la sección de política internacional, que con ese cálamo de fácil rasgo y a la par depurada información que tan bien conocen sus lectores, se encargará de comunicarnos las vicisitudes de la guerra. Un servicio especial de trirremes se encargará de traer en relevos incesantes las crónicas

de nuestro colaborador. Podemos asegurar a nuestros lectores que si las condiciones meteorológicas son propicias, no pasarán nunca más de tres semanas desde la redacción de la crónica hasta su publicación en La Voz de Tartessos. *Así quiere corresponder este periódico al favor que diariamente le muestran el público y los anunciantes de esta bendita tierra tartesiana, que, gracias a la sabia previsión de nuestros gobernantes, sabe mantenerse en una paz fecunda cuando fuera de nuestras fronteras ruge la guerra y la destrucción.*

CRÓNICA PRIMERA

El espectáculo de barcos anclados resulta increíble. Borda contra borda, llenan toda la costa, y algunos tienen que permanecer fuera porque no hay espacio para ellos. Nunca ha habido una flota semejante, ni es probable que vuelva a aparecer. El contingente más grande lo da Micenas con cien buques. El promedio de barcos de cada aliado es de unos cuarenta a cincuenta, y el total supera la increíble suma de los mil navíos.

Confusión. Ésta podría ser la impresión primera de un periodista al llegar al campamento aliado. Una gran cantidad de pueblos distintos se han aglomerado aquí a la llamada de Agamenón. Beocios, focenses, locrenses, eubenses, atenienses, los de Fregos, de Lacedemonia, de Esparta, los cefalenios, los cretenses..., cada grupo vestido de forma diferente, con armas distintas y dialectos dispares circulan entre risas y cantos por entre las tiendas del inmenso campamento que han erigido junto a las naves. Todos distintos, pero unidos por un solo pensamiento. Conquistar la ciudad que se divisa

desde la ribera, coronada de torres. La famosa Troya, donde manda el rey Príamo.

Troya tiene también sus aliados, aunque éstos no sean tan fuertes y numerosos como los de Agamenón. Son los paflagonios, los frigios, que viven al Este con los misianos. Los de Mileto, mesonianos, carianos, licios al Sur. Todos éstos viven en tierras asiáticas, pero en la misma Europa, al otro lado del Helesponto, tiene también Príamo amigos que han acudido en su socorro. Son los cicones y los tracios. Ellos solos bastan a negar la afirmación griega de que ésta es una lucha entre los pueblos europeos civilizados y cultos y los bárbaros asiáticos.

Lo primero que he hecho, naturalmente, ha sido intentar que me acreditaran como corresponsal extranjero. Aunque la confusión, como he dicho, es grande, mi apariencia indica bien a las claras que no formo parte de los contingentes aliados, y sería fácil que me tomaran por un espía troyano, con las consecuencias imaginables. La verdad es que lograr mi credencial no ha resultado fácil. He ido de tienda en tienda preguntando por el responsable de las relaciones públicas. Resulta que aunque, en principio, el jefe de la coalición es el rey Agamenón, los que han venido en su auxilio mantienen una cierta autonomía y falta una junta rectora que unifique los criterios. Por último, me han indicado que el único capaz de darme la autorización necesaria y el único capaz también de conseguir que me la

respeten los otros jefes es Ulises, el general que vino de Ítaca. Por cierto que esa importancia no tiene nada que ver con su aportación bélica. El contingente de barcos de los cefalenos, donde pertenece Ítaca, es de los más pequeños.

Al principio no comprendí cómo podía ser aquél el encargado de nada. Cuando le hablas parece que no está escuchando; mira al suelo todo el tiempo, con aire estúpido. Por dos veces le expliqué quién era y de dónde venía, y ya desesperaba de hacérselo comprender cuando empezó a responder con voz segura y cultas palabras. Demostró conocer todo lo relativo a Tartessos, a su historia y a su gente; se mostró halagado de que tan lejano país se interesara tanto por la guerra como para mandar un enviado especial para que informara a sus lectores. Dio luego las órdenes oportunas para que me facilitaran la ajorca con mi insignia, a fin de que pudiera circular libremente por el campo de batalla y ser respetado por los aqueos, nombre con que se conoce también a los griegos. En cuanto a los troyanos —me dijo con una sonrisa—, no podía asegurar que aceptasen también mi condición de periodista. Ya sabía —añadió— que se trataba de gente algo salvaje... Esta guerra —prosiguió, enfático—, en realidad era la defensa de la civilización contra la barbarie, la lucha por una Europa que se resistía a ser víctima de las hordas asiáticas. Dado el carácter neutral de mi país, le es-

cuché cortésmente, sin aprobar ni rechazar ninguna de sus aseveraciones. Después se calló y volvió a mirar al suelo con el mismo aire ausente del principio.

Salí un poco desconcertado. Llevaba en mi muñeca la ajorca con las iniciales C. G., corresponsal de guerra; había pues, conseguido mi objetivo, pero me sentía confuso. La verdad es que no acabo de comprender a Ulises. A veces parece un genio, y a veces, un campesino ignorante.

...a lo mejor, a lo mejor.

Sí. Ya he encontrado el adjetivo que le va. Lo que le pasa a Ulises es que es muy astuto.

CRÓNICA SEGUNDA

Creo que debo iniciar mi segunda crónica con lo que debería haber dicho ya en la primera, en la que sólo expliqué mis primeras tomas de contacto. Es decir, las causas que han movido esta guerra feroz, probablemente la más terrible de las realizadas por la Humanidad hasta hoy. Desde que he llegado, me he apresurado a hablar con distintas personas, que me ayudaron a hacerme una composición de lugar; no puedo, por razones lógicas de discreción, citar los nombres de quienes han contribuido a informarme, pero todos me resultan de auténtica seriedad y responsabilidad. De mis investigaciones deduzco que hay al menos dos ver-

siones sobre el origen de la tragedia; cuál hay que escoger, depende, más que de los hechos, de su interpretación.

Oficialmente, como se sabe, la guerra ha sido declarada por el rey Agamenón para vengar el insulto hecho a su hermano el rey Menelao por Paris, príncipe de Troya. Bueno. Hasta aquí parece claro el motivo. Un marido engañado tiene, naturalmente, ganas de vengarse, y es lógico que su hermano le ayude y que asimismo colaboren en su empresa los príncipes griegos amigos suyos. Mas, por otro lado, se suscitan varias preguntas. Una: ¿Helena se fue con Paris raptada o por su gusto? Otra: Los príncipes griegos que habían sido todos sus pretendientes —parece que Helena, con el debido respeto a una reina, es algo frívola— ¿tenían que reaccionar así contra el gusto del afortunado —hasta ahora— Paris?

Para complicar más las cosas, esta gente tiene la costumbre de ver la mano de los dioses en todo lo que ocurre en su casa y en la de los demás.

Y así sostienen que la conquista de Helena por Paris no fue más que una muestra del agradecimiento de la diosa Venus, a la que Paris le dio la manzana de oro prefiriéndola a Minerva y a Juno, la esposa de Júpiter, en un concurso de belleza celebrado en el Olimpo. Ello, sin embargo, deja sin explicar algo más importante; si, como dicen, es cierto que Helena se fue de buena gana con el joven Paris, abandonando a su espo-

so Menelao, ¿qué tendría que ver la diosa en todo ello? ¿Actuó entonces sólo presentándolos uno a otro como una vulgar celestina?

He discutido el tema largamente con una personalidad del Ejército aqueo. Insisto en que no puedo dar su nombre. Sólo me cabe decir que tiene larga experiencia política y administrativa, y que actualmente ocupa un cargo importante en la Intendencia del Ejército aliado. Tras oírme repetir la versión oficial de los hechos, se rió largamente. Y, tras hacerme jurar que no revelaría el origen de mi información, me dijo:

—¿Cuándo has oído que cien pretendientes de una mujer se indignen tanto porque su afortunado marido haya sido privado de su posesión? Las carcajadas con que acogieron la noticia, desde Ítaca a Creta, debieron de ser tremendas. ¿E iban a dejar sus pueblos y embarcarse en esa aventura que no se sabe cómo va a terminar ni cuánto va a durar, sólo por vengar los cuernos puestos a Menelao? ¿En qué mente cabe?

—Entonces —pregunté—, ¿a qué se debe esta invasión?

—El mundo, mi joven amigo, se rige por las leyes de la economía. Los pueblos griegos no caben ya en sus fronteras. Necesitamos situar nuestras excedencias humanas y hallar nuevos mercados para nuestros productos. Troya, en sí, tiene poca importancia. Pero Troya es la puerta de Asia Menor. Cuando tomemos Troya, será nuestro el inmenso espacio que se extiende tras ella y nacerá el imperio de la Hélade, que no tiene que ser forzosamente militar. Bastará que nos dejen situar nuestras factorías en la costa, que nos permitan el uso de los puertos necesarios. Así, nuestro aceite, nuestra naranja, nuestro vino, llegarán a todos los confines... y nuestro pueblo se enriquecerá.

—Pero, entonces, lo de Helena, Paris...

—Helena es la amante de Paris, y éste, de Helena, y ese amor auténtico ha sido una suerte, porque ha permitido un pretexto estupendo que los reyes dánaos no lograban encontrar. Es difícil arrastrar a la masa a una guerra sin cuartel para abrir nuevos mercados. Pero si se les dice que es para vengar el honor de un rey, cuando se les recuerda que un extranjero, ¡un asiático!, ha profanado el tálamo de un griego, la idea del desquite surge en todas las conciencias. Después no hay más que formar esas conciencias en regimientos y en compañías.

—Pero, ¿y lo de la diosa Venus, la manzana de oro, el juicio de Paris...?

Me miró socarrón.

—Es precioso, ¿no?

—Pero, ¿tiene algún viso de verdad?

—¿No te he dicho que es precioso? ¿Qué más quieres?

CRÓNICA TERCERA

La situación resulta un poco curiosa desde el punto de vista militar. Los griegos han desembarcado en territorio enemigo; esto parece evidente, porque aquí están. Son, pues, los atacantes, que han conseguido una primera victoria: nada menos que la de tomar tierra. Y, sin embargo, ese ejército victorioso ha levantado un foso y una muralla ante sus naves, es decir, se fortifica a su vez. Esto no lo hacen en general los ejércitos agresores, sino los agredidos. ¿Cómo es posible que, tras un primer triunfo —la invasión—, los aqueos pasen a situarse a la defensiva teniendo en cuenta que son superiores a sus adversarios en una proporción de uno a diez?

Durante varias jornadas he intentado hallar una explicación al extraño hecho, y creo haberlo hallado. En estrategia se fortifica, es decir, se protege con elementos artificiales todo ejército que es superado en número o material por el enemigo. Si los griegos construyen una muralla es que se sienten inferiores, pero entonces, ¿por qué no levantan el campo, izan las velas y se vuelven a su casa? La explicación a esa contradicción aparente creo que es ésta: los aqueos se colocan a la defensiva *temporalmente* porque sólo temporalmente están en situación de inferioridad numérica frente al enemigo.

Y eso, ¿por qué? Sencillamente por la misma razón que explica otros descalabros y problemas de este campo de batalla. Porque esta expedición ha sido llevada a cabo sin una auténtica preparación logística. Movidos por su entusiasmo y ánimo de venganza, han acudido en masa con sus barcos sin olvidar ninguna de las armas ofensivas ni defensivas..., pero sí algo tan importante como ellas para una guerra moderna: la Intendencia. Al no haber un Estado Mayor conjunto, nadie se preocupó de calcular las vituallas que un ejército tan numeroso necesitaría, y a los pocos meses de comenzar las hostilidades empezó a notarse la falta de subsistencias. ¿Qué hacer? Se reunieron urgentemente los reyes y príncipes para buscar una solución. No cabía, evidentemente, la de volver a los puntos de partida para buscar los alimentos; hubiera sido mucho el tiempo empleado entre ir y venir y, desde el punto de vista psicológico, tampoco era aconsejable la vuelta de unos barcos que no podían decir aún si regresaban como vencedores o vencidos. Se buscó, pues, una fórmula inmediata. Parte de las naves saldría diariamente a buscar vituallas en tierras cercanas, obteniéndolas de los indígenas, pagándolas, o por la fuerza si era necesario. Para ello se necesitaba llevar protección militar; y de ahí la ausencia, temporal pero segura, de una cierta parte de las

tropas aqueas; de ahí que éstas estén a veces en inferioridad ante sus enemigos. Y de ahí la necesidad de construir una muralla y un foso, para que este obstáculo compense de la falta de hombres.

Hay que decir algo en favor de los jefes aliados. No ocultan jamás su pensamiento. El informador no tiene aquí ningún problema porque no hay secretos oficiales ni reuniones secretas. Cuando un general tiene algo que decir, lo dice en voz alta y todos los presentes podemos escucharle.

Hoy ha habido una sesión tumultuosa y que dice bien poco respecto a la unidad de estos coaligados. Parece ser que Agamenón tiene en su casa a una esclava llamada Criseida, a la que, según los sacerdotes, tiene que devolver a su padre, el sacerdote Crises, porque el dios a quien éste sirve está mandando epidemias sobre el Ejército para vengarle. El rey no está de acuerdo —ha dicho incluso a gritos que la prefiere a su esposa legítima, Clitemnestra—, pero ante la insistencia de los demás jefes ha accedido a entregarla a su progenitor. Mas para vengarse de la forma con que se lo pedía Aquiles ha declarado arrogantemente que, a cambio de perderla, le quitará a éste su amiga Briseida.

Ha habido entonces una serie de peleas verbales que no han llegado a más por intervención de los demás generales. Aquiles

ha insultado a Agamenón: le llamó ojos de perro (Agamenón, a su vez, le llamó buscapleitos y matón) y le ha recordado que en las conquistas de las ciudades se lleva la mayor parte del botín mientras que él, que combate mejor y más duro con sus mirmidones, apenas consigue algo que llevarse a las naves. Ha sido una sesión interesantísima, con amenazas tremendas y gritos de partidarios de ambos príncipes animando a su jefe o denostando al rival. Por dos veces han estado a punto de llegar a las manos, pero les han separado en el último momento.

Ha ayudado mucho para calmar las ansias bélicas el discurso de Néstor. Néstor es el más anciano de todos los príncipes que aquí se encuentran. Ha tenido una vida larga y activa; es hombre honrado, pero sufre el defecto de todos los ancianos con una existencia movida, y es que se empeña en contarla en cualquier momento. En cuanto empieza a hacer uso de la palabra, trátese de lo que se trate, comienza a remerorar cuando él era joven, con quién guerreaba y cómo había sido el más fuerte y valiente de los mortales. Según él, hoy no hay quien pueda compararse a la gente con quien luchó en su tiempo. Me recuerda a los luchadores de toros de Tartessos, que al llegar a cierta edad, fatigan a quien quiere escucharles asegurando que para toros los de antes y que los de hoy son becerros sin importancia.

El discurso de Néstor ha sido, como acos-

tumbra, largo y pesado. Ha recordado a Piritoo, Driante, Ceneo, Eadio..., ha repetido cien veces lo guapo que era y la gente importante que venció en la batalla.

Con ello consiguió, sin embargo, algo esencial: calmar a los rivales y que las espadas, a punto de salir de sus vainas, permaneciesen quedas. Y es que cuando habla Néstor no hay quien se sienta belicoso. Un gran cansancio se extiende por todas las caras, los ojos se cierran y las bocas se abren en un bostezo. Y, así, al terminar su largo discurso cada uno se ha retirado a su tienda respectiva. Estaban medio dormidos.

CRÓNICA CUARTA

Me apresuro a escribir la crónica de hoy y a entregarla al capitán del trirreme para que salga lo antes posible, porque quiero que se sepa pronto en Tartessos la increíble novedad. Ha ocurrido algo en el campo aqueo que tendrá tremendas consecuencias para la guerra. En pocas palabras, Aquiles, a quien con el énfasis que pone esta gente para los adjetivos no vacilan en llamar el divino, acaba de declarar que se retira de la lucha. El rey Agamenón, poniendo en práctica sus amenazas, le arrebató a la bella esclava Briseida para remplazar a Criseida devuelta al sacerdote Crisis, su padre. Aquiles la entregó sin resistencia, pero, inmediatamente después, anunció la tremenda nueva. De ahora en adelante no combatiría en favor de los aqueos. Se mantendría al margen de la contienda él y sus hombres viendo desde sus naves la matanza. Así quiso vengarse de la pérdida de la esclava y, sobre todo, del trato despectivo e injusto que, según él, es típico del rey Agamenón, jefe de las fuerzas coaligadas.

La noticia circuló a primeras horas de esta mañana y produjo un revuelo considerable. Durante todo el día se han multiplicado juntas y reuniones para intentar resolver el problema. Ulises ha visitado al irritado héroe, usando de sus mejores palabras para hacerle cambiar de idea. Lo mismo ha hecho Néstor y otros caudillos griegos, con la excepción del rey Agamenón, que ha dicho públicamente que el gran Aquiles puede quedarse en su nave si así lo desea porque los aqueos no lo necesitan para vencer en la guerra. Naturalmente, no ha faltado quien haya llevado estas palabras al resentido Aquiles, que con ello se ha reafirmado en su propósito.

Los comentarios son para todos los gustos. En general, se critica la actitud de Aquiles, a quien se llama niño mimado que se niega a jugar cuando le rompen un juguete. Está tan endiosado por sus triunfos —es fácil ironizar diciendo que eso le es muy fácil, ya que se cree un semidiós—, que no puede tolerar la menor traba en su camino. Otros —especialmente su gente, los que trajo de su tierra Pitia— dicen, naturalmente,

lo contrario. Que la actitud de Agamenón con él ha sido injusta y desagradecida teniendo en cuenta la valentía y la fama de Aquiles y que éste ha hecho muy bien en retirarse en vista de que no le tienen en cuenta.

Lógicamente lo que interesa al cronista y a sus lectores es la importancia militar de esa retirada. ¿Hasta qué punto puede influir la ausencia de Aquiles en la guerra? Los comentarios varían según sean, los que contestan, partidarios de uno u otro lado de la disputa; pero hay algo en que todos están de acuerdo con mayor o menor reluctancia. Aquiles es un guerrero de primer orden. Su agilidad en el combate, su precisión en el lanzamiento de la jabalina, su resistencia física en la carrera, la perfecta esgrima con que maneja su espada le convierten, sin disputa, en el militar más eficaz entre los aliados. Su increíble suerte en los combates ha hecho pensar que disfruta de una total inmunidad contra los dardos enemigos porque está protegido por los dioses. Como ya he mencionado en otra crónica y ampliaré próximamente si me queda tiempo para ello, la obsesión religiosa de estos griegos es increíble. Ven en todas partes la mano de un dios. Para mí la explicación es más fácil. Aquiles ha sobrevivido a la guerra sin heridas hasta ahora porque es el más completo de los guerreros que aquí combaten y su esquiva de los golpes enemigos es tan perfecta como la violencia de sus ataques.

Por otra parte, goza ya de tal fama que los enemigos se enfrentan a él en condiciones de inferioridad, ¡hasta tal punto asusta su nombre!, lo que les pone más fácilmente a la merced de su lanza.

En resumen, una pérdida grave para el Ejército griego. Materialmente, porque la ausencia de Aquiles y sus mirmidones constituye una baja grande de soldados; en la forma altisonante y poco científica con que aquí mencionan cifras se habla de que trajo cincuenta naves con cincuenta hombres en cada una. ¡Con lo fácil que sería decir que cuenta con 2.500 hombres! Moralmente, porque deja de figurar en él un soldado que era casi un mito, un ser invencible que con su sola presencia animaba a los suyos e infundía pavor a los enemigos.

CRÓNICA QUINTA

Ha ocurrido un gran combate. Sería mucho decir que se trata del combate del siglo, porque éste, evidentemente, será el que celebren los campeones de ambos bandos, es decir, Aquiles por los griegos y Héctor por el lado troyano, encuentro que, dada la ausencia voluntaria del primero, no tiene por ahora muchas posibilidades de llevarse a cabo. Pero hoy se han enfrentado dos hombres que pueden considerarse, si no los protagonistas de esta guerra, los responsables de ella. Por un lado, Menelao, el marido;

por el otro, Paris, el amante.

Verles aproximarse el uno al otro ha sido emocionante en verdad. He tenido la suerte de presenciarlo desde un carro que Ulises ha puesto a mi servicio. El auriga tenía un cierto temor a acercarse al centro de la batalla, pero conseguí convencerle prometiéndole unos crótalos de Tartessos que he traído para casos parecidos, sabiendo la aceptación que tienen en el extranjero.

El encuentro ha sido así. Paris, a quien yo veía por vez primera, es realmente un guapo mozo; iba elegantísimo, con una piel de leopardo sobre los hombros —detalle exótico si lo hay, es el único combatiente con ella—, arco a la espalda y en las manos dos lanzas. Se pavoneaba en la primera fila de los teucros —como llaman aquí también a los troyanos— y ha empezado a desafiar a los griegos. Hasta que sus voces han llamado la atención de Menelao, que ha saltado de su carro y se ha ido derecho hacia él. Los dos ejércitos han frenado de pronto sus actividades bélicas. Seguían lanzándose jabalinas, pero todas las miradas se volvían hacia el lugar del combate y los comentarios volaban de boca en boca. Ahí va Menelao a vengarse de quien mancillara su tálamo; le va a destrozar...

La verdad es que su aspecto producía tal pavor que Paris se asustó y se refugió entre los suyos, que cerraron sus filas para protegerle. Los dos ejércitos se inmovilizaron; los aqueos recriminaban a Paris por su huida y los troyanos contestaban riéndose de Menelao y llamándole cornudo. Desde la elevación en que nos habíamos situado me pareció ver a Héctor —al que se distingue de lejos por las grandes plumas del casco— acercarse a Paris y hablarle indignadamente. (Un prisionero troyano me confirmó luego las sospechas; Héctor recriminaba su huida al causante de la guerra, y Paris había pedido perdón y reiterado su deseo de luchar con Menelao mano a mano.)

Entonces sobrevino un golpe de efecto. Héctor se precipitó entre los dos ejércitos, deteniendo con un gesto a los troyanos, que dejaron de disparar. Ante esa actitud, Agamenón ordenó lo mismo, y ambas fuerzas quedaron expectantes. Entonces Héctor habló. Era la primera vez que le oía. Tiene una voz timbrada, varonil, serena. Su propuesta era simple. Que Paris y Menelao entraran en combate individual y que los responsables de esta contienda la decidieran con su esfuerzo singular. El que ganara obtendría a Helena y las riquezas que ella llevaba consigo en su huida. Los partidarios del vencido prometerían paz y amistad desde entonces en adelante.

Hubo muchas consultas entre los aqueos sobre si aceptar la invitación. Los soldados rasos parecían muy contentos de que se terminase así la guerra y poder volver a su patria. Al notar entre los generales una mayor vacilación pensé que tenía razón mi anónimo informante sobre las verdaderas razones

de esta guerra; el triunfo de cualquiera de los dos obligaría sencillamente a abandonar la conquista de Troya. Vi a Ulises hablando al oído a Agamenón, a Menelao y a Néstor, que, como siempre, inició una larga tirada —imagino que sobre las veces que él había luchado en otros tiempos contra enemigos feroces—. Ulises le dejó con la palabra en la boca y volvió a cuchichear con Agamenón. Por fin éste asintió y dio las órdenes oportunas. Se acordaba la tregua y se aceptaba el combate individual en las condiciones propuestas por Héctor.

Pero antes de celebrarse tuvieron que hacer las ceremonias que aquí tanto gustan. Mataron unos corderos y bebieron abundante vino. Luego invocaron a los dioses para que ganara el mejor y les devolviera la paz.

Y salieron los héroes de cada lado. La verdad es que Paris deslumbraba; como dicen en Tartessos, iba «de dulce». Plata en los broches que ajustaban las grebas de sus piernas, plata en los clavos que adornaban su espada de bronce; casco con una gran cimera de crines de caballo; relucía su coraza y asustaba la gran lanza que llevaba en la mano. El pobre Menelao, junto a él y a pesar de su gran derroche de armas, parecía un campesino.

Pero en todo caso era un campesino fornido y encolerizado por el recuerdo del pasado. Su primera lanzada tenía la fuerza de una cornada de un toro bravo, si el lector me permite el pequeño chiste. Atravesó el

escudo de Paris y la coraza, y la impresión primera es que le había cruzado también a él de parte a parte; luego se vio que apenas había rozado el ijar después de desgarrar la túnica. Paris se tambaleó ante el golpe y Menelao aprovechó ese momento para alzar la espada y asestarle un golpe tremendo; la hoja se partió contra el casco sin llegar a herir a Paris, pero dejándole atontado. Entonces, Menelao, irritado ante su fracaso, le agarró del yelmo y le arrastró un buen trecho; con las correas alrededor del cuello, el hijo de Príamo se ahogaba. Afortunadamente se rompieron los sujetadores del casco y se puso de nuevo en pie. Menelao recoge de nuevo la lanza y le tira un golpe sin acertar.

Fue el último que pudo asestarle; cuando el polvo que habían levantado en la feroz lucha y, sobre todo, en el arrastre de Paris, se desvaneció, éste también había desaparecido. Menelao se revolvía como un loco buscando a su enemigo. Pero enfrente no tenía más que hileras de teucros, entristecidos ante el fracaso de su héroe. Y Paris no se veía por ninguna parte.

Tengo que hacer aquí un inciso. Dada la extrema religiosidad de estos pueblos, que tienen por costumbre explicar todos sus éxitos y todos sus fracasos por las intervenciones de los dioses, apenas ido Paris se empezó a oír el comentario en las filas aqueas; la diosa Venus, su amiga y protectora, se lo había llevado en una nube para salvarle

del mortal peligro.

Mi impresión personal, y sin ningún deseo de mostrarme irreverente, es que Paris no necesitó de ninguna ayuda divina para escapar de la lanza de Menelao. Le bastaron sus rápidas piernas y el vehemente deseo de poner un gran espacio entre él y la amenazadora lanza que tenía enfrente.

Su desaparición produjo desconcierto. Luego empezaron a oírse las voces de los aqueos diciendo que había triunfado su rey y que, por tanto, correspondía a los troyanos el rendirse en seguida. Y de pronto, surgió por el aire una flecha que fue a dar en el vientre de Menelao. Indignados, los aqueos reemprendieron el combate; mi auriga decidió que era mejor volver a las naves, donde me apresuro a terminar esta crónica.

CRÓNICA SEXTA

Gracias a la amabilidad de Ulises he podido asistir al interrogatorio de un prisionero troyano, servidor del palacio de Príamo. Ha contado cosas sabrosas y que quizá puedan divertir a mis lectores de la farragosa descripción de batalla tras batalla. Parece que, tras huir del combate —o ser transportado por los aires como dicen los creyentes—, Paris apareció tan fresco en su palacio, requiriendo a su Helena para que le acompañara a dormir la siesta. Helena se quedó asombrada de su desfachatez y empezaron a pelearse. Según los esclavos que pegaron los oídos a la puerta del dormitorio, la discusión fue tremenda. Helena le echó en cara su huida ante Menelao, su antiguo esposo, a quien llamó «esforzado varón», capaz de vencer a Paris en cualquier momento. Los criados, según el prisionero, estaban asustados ante tal provocación. «Esa griega —decían— sabe cómo ofender a un hombre.» Pero cuando esperaban una reacción violenta, oyeron a Paris, muy tranquilo, comentando que si había perdido aquel día, igual ganaba en otra ocasión. Luego empezó a demostrar a Helena cuánto la deseaba, y las frases iracundas de ella fueron cediendo en violencia hasta que se le apagó la voz y empezaron a oírse suspiros y remover de ropas. Luego sobrevino un largo silencio y los esclavos se repartieron por la ciudad a contar lo ocurrido. Todos se asombraban de la frivolidad de Helena, pero mucho más del cinismo de su príncipe. Eso es lo que contó el prisionero.

CRÓNICA SÉPTIMA

Néstor, el más anciano —y más pesado— de los jefes griegos, nos ha obsequiado hoy con una comida a los extranjeros que aquí hemos venido en calidad de observadores y de informadores. Se hizo el festín al aire libre, como es costumbre en estos pueblos. Se mató un gran buey de cinco años, sacrifi-

cándolo en honor a Júpiter; siempre me impresiona la habilidad de estos griegos que consiguen complacer al mismo tiempo al espíritu y a la materia. Cuando tienen ganas de comer, elevan sus preces a los dioses en el momento de degollar al animal; cuando tienen ganas de beber, derraman un poco de vino en el suelo antes de llevarse el resto a la boca. Así consiguen luego comer y beber hasta hartarse y con la conciencia tranquila. Todo lo han hecho en honor de las divinidades.

La habilidad de los esclavos cocineros es excepcional. El gigantesco animal fue desollado en pocos minutos; su carne fue dividida en pequeños pedazos que, puestos en pinchos, se colocaron sobre el fuego tras untarlos de grasa, hasta que estuvieron en su punto, aunque, como siempre, hubo quien se quejó porque a él le gustaba más hecho, y otro, por el contrario, lo prefería casi crudo. El vino pasó de mano en mano en las cráteras, y desde allí se deslizó por la garganta. (Sin falsos patriotismos diré que es un vino áspero que no tiene nada que ver con nuestros bien afamados caldos.) Había un ambiente agradable que se fue animando a medida que se trasegó la bebida y se consumió el buey. Néstor empezó a explicar lo que le recordaba aquel festín. Realmente es muy difícil estar con Néstor sin que haya algo que le recuerde años pasados. Y como ha visto transcurrir tantos, no hay manera de evitar sus memorias. Procuré distraerme hablando con mis compañeros de mesa. Uno llamó mi atención por la forma meditativa en que bajaba la cabeza. Me di cuenta luego de que veía muy poco porque acercaba la comida a los ojos antes de llevarla a la boca. Me dijo que era de Esmirna.

Hablamos, naturalmente, de la guerra. Según él, todo era causado por los dioses. Hablaba de la familia divina como de unos amigos suyos en cuya casa entrara cuando quisiera. Y a juzgar por esas explicaciones, realmente parecía la casa de un vecino cualquiera. ¡Con qué confianza los describía! Según él, los dioses se habían dividido en dos grupos, los aliadófilos y los troyanófilos. A los primeros los dirigían Minerva y Juno, las resentidas porque Paris diera el trofeo famoso a Venus. Por la misma razón protegían a los troyanos y su joven príncipe, Venus, su hermano Apolo y Marte... ¿Y Júpiter? Júpiter jugaba un poco al árbitro; a veces dejaba ganar a unos, y otras, a los rivales, porque le entretenía prolongar esa guerra. Piensa —dijo mi informador— que la ve desde lo alto, sentado en su sillón del Olimpo, y le encanta. Juno emplea con él los trucos de cualquier mujer que sabe gusta a su marido. A veces, en la misma cama, ha conseguido que dejara de ayudar a los troyanos por unas horas, lo que ha aprovechado para que se hiciera matanza en las filas de Príamo. Otras veces, en cambio, a Júpiter le gusta hacerla rabiar y deja que Héctor y los suyos avancen contra las

naves. Pero, en el fondo, aseguró, la contienda está decidida desde el primer momento. Tarde o temprano los dánaos ganarán a Troya y la destruirán. Estaba escrito.

—Si estaba escrito —contesté—, ¿para qué se preocupan de luchar y contradecirse los dioses?

—Porque eso también está escrito —me contestó.

Intenté hacerle descender de sus sueños explicándole la situación de acuerdo con la lógica y sus deducciones. Le recordé que la demografía, estaba a favor de los griegos con sus numerosas y bien armadas tropas; que sus armas eran mejores y que dominaban a los troyanos en proporción de tres a uno en hombres y de dos a uno en carros, y que si no habían vencido aún, había sido debido a dos factores. Uno, la natural dificultad de todos los ejércitos coaligados con distintos jefes a los que sólo une el ansia de botín y la necesidad de expandir su mercado; siendo, además, la mayoría de ellos, reyes independientes, les cuesta abdicar de su mando para colocarse a las órdenes de Agamenón. Que ahí tenía el caso de Aquiles, símbolo de esa actitud. Lo de la esclava había sido sólo el pretexto para romper una alianza que resultaba incómoda a su natural soberbio.

Mi interlocutor movía la cabeza. Insistí; repito aquí mis argumentos porque quizás interese a mis lectores las deducciones a las que he llegado. Si esa diferencia numérica

no ha dado resultado hasta ahora —le expliqué—, ha sido porque esta gente combate todavía con arreglo a una fórmula antigua que da mayor importancia al combate individual que al colectivo. En una política que, por llamarlo de alguna manera, se me ha ocurrido bautizarla como de «culto a la personalidad», los ejércitos se consideran *representados* por unos jefes, admirados y elogiados continuamente. Cuando estos militares famosos luchan, simbolizan la lucha de los dos ejércitos y, naturalmente, las masas están más pendientes de ellos que del enemigo que tienen enfrente. Esta situación es la que ha compensado la diferencia a que antes aludía en hombres y material. Porque si combaten Diomedes contra Eneas, por ejemplo, hay una igualdad mucho mayor que si lo hacen los mil griegos del primero contra los trescientos troyanos que siguen al segundo. Esto vale tanto en la victoria como en la derrota, lo que favorece, naturalmente, a los menores en número. Por eso, concluí, la ausencia de Aquiles tiene una importancia mucho mayor que la de los mirmidones que se ha llevado consigo.

Murmuró que no le convencía y me preguntó luego, con cierta hostilidad, si no creía en los dioses y en su influjo constante en las acciones de los seres humanos. Eludí la respuesta porque no creo que me convenga ahora mencionar mi escepticismo tartésico ante estos fanáticos, pero repuse que creía que los dioses, tras crear a los huma-

nos, les permiten luego vivir a su manera y aire en lugar de esclavizar sus intenciones. Se despidió abruptamente y se fue, creo que indignado.

Luego he procurado informarme acerca de su personalidad. Me han dicho que se trata de un poeta —podía imaginármelo— que escribe crónicas rimadas de la guerra. Me han mostrado, incluso, algunas copias que circulan con profusión por el campamento. Para que el lector se dé cuenta de su estilo he copiado algunos párrafos.

«Como las olas impelidas por el céfiro se suceden en la ribera sonora y primero se levantan en alta mar, braman después al romperse en la playa y en los promontorios, suben combandose a lo alto y escupen en la espuma, así las falanges de los dánaos marchaban sucesivamente y sin interrupción al combate.»

Y si los griegos son el mar, los troyanos son cabras...

«Los teucros avanzaban también, y como muchas ovejas balan sin cesar en el establo de un hombre opulento, cuando al serles extraída la blanca leche oyen la voz de los corderos, de la misma manera elevábase un confuso vocerío en el vasto ejército de aquéllos.»

En fin, veinte frases líricas para explicar que las vanguardias de los dos ejércitos se aprestaban a entrar en combate... ¡Esos poetas! Me gustaría saber cuánto tiempo puede durar en la Historia una descripción

tan artificiosa como falsa.

He preguntado el nombre del autor. Se llama algo así como Homar u Homir.

CRÓNICA OCTAVA

Mal. Las cosas van mal para los griegos. Los troyanos han desplegado sus mejores fuerzas y los ataques se suceden incansables, conducidos por Héctor y sus hermanos los hijos de Príamo. Los aqueos retroceden en desorden, aunque de vez en cuando Néstor, Agamenón, Ulises, consiguen contraataques que detienen un poco la furia troyana. Pero, poco después, éstos vuelven a recobrar el terreno perdido.

Quizás aclarará las cosas para mis lectores el saber desde dónde escribo esta crónica. Mientras las anteriores fueron redactadas en las tiendas que hay en la llanura frente a Troya, junto al río, ahora lo hago desde la muralla. La razón es muy sencilla. Ya no hay campamento aqueo. Héctor y los suyos lo han atacado esta mañana con fuerza, han destruido la resistencia y han pasado el foso. Ahora, entre ellos y las naves no hay más que el muro y un grupo de soldados que intentan evitar lo que se ve claro objetivo del hijo de Príamo: quemar los barcos para que perezcan o perezcamos (si no se tiene en cuenta mi papel de corresponsal) a manos de los enemigos. Mientras contemplo la batalla, que es más una ma-

tanza que otra cosa, pienso cómo han cambiado las circunstancias de la guerra en pocos días. Veníamos a sitiar a Troya, y ahora somos nosotros los sitiados; venían a asaltar la gran ciudad amurallada, y ahora tienen que defender nuestros muros para que no sean asaltados a su vez. La situación es difícil. Los troyanos parecen haber recobrado toda la moral que tenían sus enemigos. Me gustaría saber cómo explican ahora los creyentes la protección divina a los aqueos...

¿Es que están durmiendo Juno y Minerva?

El combate ha cesado, y me apresuro a poner un comentario final a la crónica anterior antes de darla al capitán del trirreme que va a Tartessos (alguna vez en el día de hoy, confieso que me hubiera complacido más estar allí en la paz de las arenas atlánticas, que oyendo aquí el silbar de los dardos y ver resplandecer las antorchas con cuyas llamas querrían hacer arder toda la flota aquí anclada).

Por ahora parece que nos hemos salvado, pero no gracias a los esfuerzos aqueos. Lo que ha dado un respiro a esta tropa desmoralizada ha sido la llegada de la noche. Los teucros han detenido su ataque y han acampado muy cerca, como quien está seguro de un triunfo que no se les puede escapar. Vemos desde aquí innumerables hogueras, a cuyo reflejo se divisan los carros, y en el

centro del grupo de jefes se puede distinguir al gran Héctor, al que parece haber hecho más alto la victoria. El aire nos trae a veces algunas de sus frases; exhorta a los teucros a permanecer en el lugar, a fin de que los aqueos no se valgan de la noche para huir en sus naves. A ambos lados, acodados en los muros, veo a los griegos, sucios de polvo y sangre, escuchar al enemigo envanecido... «Perros rabiosos traídos por las parcas en negros bajeles.» Las palabras de Héctor parecen resonar por el ancho aire nocturno: Los aqueos no tienen ánimo ni para protestar.

Los cantos triunfales han durado hasta altas horas de la noche, mientras los troyanos consumían carne traída de la ciudad. En contraste, los griegos permanecían en silencio, formando grupos, la mirada perdida en el horizonte. Si hoy hubiese surgido una voz que los exhortara a zarpar, no habría mañana un invasor en las playas.

CRÓNICA NOVENA

¡Grandes novedades! Ante la situación en que se encuentran sus tropas, los grandes jefes aqueos, con Agamenón a su cabeza, han decidido humillarse y pedirle a Aquiles que vuelva al combate. Para el gran jefe, la cosa no fue nada fácil. Según me informa quien estuvo presente en el consejo, el rey había propuesto la retirada ante el

peligro en que se encontraban. Los demás jefes se opusieron, y Néstor, tras recordar de nuevo lo viejo que era y la gente que había conocido y vencido en su vida, le reprochó a Agamenón ser el causante de todo el mal porque por un capricho —el de la esclava Briseida— había irritado a Aquiles haciéndole retirarse del combate. Agamenón, al parecer, reconoció su error y propuso atraerse de nuevo a Aquiles enumerando los regalos que iba a ofrecerle. Calderas, trípodes, caballos y siete mujeres procedentes de la isla de Lesbos —aunque, si es cierto lo que dicen de ellas, el regalo parece un sarcasmo—, ofreciéndole además cualquiera de sus hijas, a la que iba a dar como dote siete ciudades. Desde luego, el comentario general es que muy apurada debe de ver la situación Agamenón cuando se rinde así ante el hombre al que insultó tan gravemente con palabras y con hechos.

Néstor y los demás aplaudieron la idea y se nombró una comisión que fuera a ver al gran Aquiles. Éste, al parecer, los recibió amablemente, pero con un cierto recochineo, sugiriendo que mucha debía de ser la necesidad en que se encontraban cuando habían ido a verle. Dejó la lira en que estaba cantando gestas heroicas —supongo que empezando por las suyas, dada su inmensa vanidad— y ofreció de comer a los visitantes. En el menú figuró, me dicen, una cabra y la espalda de un jabalí, que comieron tras salarlo...

Entre paréntesis, siempre me asombra la falta de imaginación de los griegos. No comen más que carne, y siempre asada. A pesar de vivir en islas o en costas recortadísimas llenas de calas y golfos, no prueban jamás el pescado. Yo, acostumbrado al rico producto del mar, no lo comprendo; claro que tampoco usan del condimento natural del pescado, es decir, del aceite; éste lo emplean sólo para untarse el cuerpo; o sea, lo usan siempre por fuera y nunca por dentro.

Perdón por el inciso frívolo. Como decía antes, Aquiles dio de comer a sus invitados, y al terminar, Ulises hizo uso de la palabra para explicar su embajada y las ofertas de Agamenón. Tuvo, como siempre, la palabra melosa y hábil, pero no convenció a Aquiles, que volvió a repetir todos los agravios que le había hecho Agamenón, especialmente el rapto de Briseida. En un momento de su respuesta tuvo una frase sarcástica y en cierta manera lógica: «¿No se hace la guerra por Helena? ¿Por qué creen los aqueos natural que un hombre luche por tener a su lado a su esposa y luego me roben la mía?»

Al parecer, Aquiles estaba gozoso viendo el estado a que habían llegado sus aliados, y se complacía en humillarles más. Les recordó que cuando él luchaba, Héctor no había llegado jamás a más de medio campo; en general se combatía muy cerca de sus propias murallas, y desde que él faltaba, los troyanos estaban ya junto a la muralla cons-

truida por Agamenón. Añadió que la oferta de la hija de éste le tenía sin cuidado, que otros reyes le darían mejores princesas cuando quisiera. Intentaron los enviados cambiar su propósito, pero fue inútil. A lo más que accedió es a intervenir si la audacia de Héctor llegaba a sus propias naves y tiendas con el propósito de incendiarlas.

Todos critican al héroe de Pitia, pero yo, aun sin simpatizar con él, tengo que decir algo a favor de Aquiles. Cuando se habla de su testarudez, de su sequedad de corazón ante las súplicas de sus antiguos amigos, cuando se pregunta uno cómo es posible tanto orgullo mantenido ante las peticiones, se olvida algo muy importante. Que Agamenón accedió en efecto a pedir perdón a Aquiles, pero que para ello *mandó a otros*. Dicho de otra manera, su orgullo es al menos tan grande como el de su rival, porque lo lógico era que, siendo el culpable, fuera él a pedir perdón y a excusarse por su actitud. Ulises, Néstor, etc., son embajadores de calidad, pero el ofensor no estaba entre ellos; el ofensor no se presentó al ofendido. Y éste, pues, tuvo cierta razón al no considerar restañada la herida; le ofrecían, sí, cosas materiales, mas no satisfacían su malestar moral. Por ello, Aquiles no se moverá de su tienda hasta que el mismo Agamenón acuda a solicitárselo. Ésta es, al menos, mi predicción si no ocurre algo extraordinario, tal podría ser, como ha dicho el mismo Aquiles, que éste tuviera que defenderse a sí

mismo ante un ataque general de las tropas troyanas.

Hay, además, otra explicación de la actitud de Aquiles. Me he enterado de que es el más pobre de todos los caudillos que aquí han venido. Su país, Pitia, es una parte mínima de Tesalia. Por ello, seguramente, sintió más vivamente la ofensa que le hizo Agamenón, porque se siente vejado antes el pobre que el rico. Cuando Agamenón le hizo la oferta de dinero y mujeres reaccionó orgullosamente porque vio en ello una nueva muestra del desprecio social con que es considerado entre los aliados. La prueba es que dijo que él podía casar cuando quisiera con mujeres hermosas y tan bien dotadas como las que le ofrecían los enviados del rey. Una réplica que sólo puede dar quien cree necesario mostrar una importancia que le niegan.

La única riqueza de Aquiles es su valor, y él lo sabe. Por ello se regodea con las derrotas de sus aliados; éstos pueden tener más naves, más ganados, más esclavos, pero cuando se encuentran con los fuertes troyanos no les sirve de nada y tienen que ir a pedirle ayuda a él, a Aquiles. Es el momento más glorioso de su vida, y lo mantendrá mientras pueda, es decir, mientras su ausencia no signifique el total hundimiento de la fuerza aquea, que al fin y al cabo son sus connacionales, si puede hablarse de nación en gente que tantas veces ha luchado entre sí.

CRÓNICA DÉCIMA

He presenciado el más gigantesco de los combates. Aprovechando que el vértice de la batalla se desarrollaba en el centro de la muralla que protege las naves, me he situado en un torreón de la esquina y he podido contemplar un asombroso espectáculo. Ha sido, sobre todo, el día de Héctor; le he visto, incansable, durante toda la jornada, luchar, animar, correr, reunir las huestes; a pie o en el carro se desplazaba de un sitio a otro y parecía estar en mil lugares al mismo tiempo. El asalto ha sido tremendo. Los carros se han quedado alineados a la derecha del foso, los corceles, piafantes, excitados por los gritos y el choque de las armas, y los troyanos han cruzado con Héctor al frente, atacando la muralla por varios lados. Los aqueos, protegidos por su mejor posición, les echaban hacia atrás una y otra vez. Varias veces han cargado y otras tantas han sido rechazados con largas lanzas desde arriba. He buscado inútilmente entre los luchadores en primera fila a París; por fin le he visto; combatía, sí, pero muy a su manera. Apoyado en el tronco de una encina, impecable en su armadura, sin una mota de polvo, cuidadosamente peinado, disparaba sus flechas por encima de las filas troyanas. La verdad es que es un tirador de primera; varias veces he visto caer a los griegos como

fulminados por su saeta mortal y a los compañeros del caído insultar al matador desafiándole a que se acercase a luchar cuerpo a cuerpo. París sonreía burlonamente y seguía disparando, sin prisas y con una perfecta puntería. Me irrita su frialdad y su cinismo. Parece que está jugando con una guerra que ha nacido por su causa.

Según comentarios que han llegado aquí, procedentes del campo troyano, Héctor le ha recriminado muchas veces su comportamiento de poltrón mientras sus compatriotas se matan por él. París siempre acepta los reproches de Héctor; coincide con su hermano mayor en que tiene toda la razón y promete que en adelante irá a la guerra todos los días. Héctor, que le adora, acaba abrazándole y casi le pide perdón por haber dudado. Y eso es a lo que más llega: a estar apoyado en una encina disparando de lejos sin arriesgar la piel. Es un tipo despreciable, aunque reconozco que es bello y simpático cuando quiere. A quien más se parece en su egoísmo es al otro gran héroe de la guerra, éste, del lado griego; me refiero a Aquiles.

Pero estaba olvidando contar la batalla que seguía junto al muro. Parecía que éste no podría ser tomado jamás, cuando Héctor ha cogido una piedra gigantesca con ambas manos y se ha aproximado a la puerta principal. Los dos ejércitos se han quedado como paralizados de asombro; nadie podía imaginar a un ser humano capaz de levantar

semejante peso; los aqueos, desde lo alto de la muralla, le miraban acercarse sin pensar siquiera en lanzarle un dardo. Héctor se ha detenido a unos tres metros de la puerta; se ha afirmado abriendo las piernas, echó hacia atrás el robusto torso y proyectó la piedra contra las maderas. Fue un choque horroroso; partiéronse las hojas y se desencuadernaron los goznes. La puerta quedó abierta de par en par. Lanzaron un grito de júbilo las fuerzas troyanas y otro de espanto los aqueos. Héctor se precipitó lanza en mano por el hueco, y tras él siguieron centenares de troyanos mientras otros subían las murallas abandonadas por los defensores que, por un natural reflejo, acudían a cubrir el hueco que acababa de abrirse en su defensa.

Así, el espacio que había entre la muralla y las naves negreó de invasores; yo me retiré del muro —aunque por mi lado no había habido asalto— y me refugié en mi trirreme. La impresión que me produjo era de que la suerte de la guerra estaba totalmente echada. Que los troyanos prenderían fuego a las naves que no encontrasen la salvación en la huida.

Esa misma impresión tuvieron ellos, y la necesidad les hizo aguzar el ingenio en busca de salvación. Menelao, Idomeneo y Meriones (¡qué nombres tienen a veces esos aqueos!), evitando el centro del combate, donde Héctor parecía invencible y donde estaban además las tropas de élite, cargaron

contra el ala derecha del ejército troyano, deshaciéndola fácilmente. Tras unos momentos de confusión, lograron avanzar por el lado opuesto de la muralla hasta quedar en la retaguardia de Héctor. Éste, que estaba ya muy cerca de las naves, fue avisado por un mensajero de la situación, y para evitar el cerco retrocedió a contener el nuevo ataque. Consiguió rechazar al enemigo, pero mientras tanto se hizo de noche, y los combatientes, exhaustos, se mantuvieron en las posiciones que ocupaban. Una vez más se había salvado el ejército aqueo de forma milagrosa.

Cuando empleo el adjetivo «milagrosa» estoy, naturalmente, usando una metáfora. Tengo que aclarar esto porque he oído la más asombrosa de las explicaciones sobre lo ocurrido en la batalla. Aquí hay quien sigue creyendo que todo está determinado por lo alto, que los pobres que se matan aquí abajo no cumplen más que los designios que llegan de arriba y que los resultados de la contienda se deciden en el Olimpo.

Según ellos, la lógica que yo he empleado para describir la batalla no existe. Por el contrario, resulta que Júpiter se complacía en ver ganar a los teucros o troyanos y que por eso, éstos llegaron cerca de las naves. Pero que luego se distrajo —así como suena—, el padre de los dioses se distrajo mirando hacia el otro lado, y aprovechando esto, su hermano Neptuno —que es aliadófilo— ayudó a los griegos a rechazar el te-

mible ataque. Pero la imaginación de los poetas griegos —me temo que el Homero de marras esté mezclado en todo ello— va a más. Llega incluso a describir escenas ocurridas en el Olimpo como si las hubiera presenciado, pero, ¡qué escenas!, incluso —asómbrense—, incluso escenas de alcoba.

El ímpetu erótico de Júpiter, como se sabe, es bastante amplio. Tiene una cierta tendencia, diría que casi morbosa, a disfrazarse de animal para obtener a las señoras que desea. Nunca he comprendido que con la fama que tiene y el respeto que despierta en todos los griegos, tenga necesidad de acudir a esos subterfugios. Digo yo que le bastaría presentarse tranquilamente en la plenitud de su aspecto majestuoso con que le describen para que cualquier mujer se le ofreciera encantada de la vida y cualquier marido dejara de poner el más mínimo inconveniente. Pero no es así; quizá porque eso resultaría demasiado fácil y a la larga aburrido, el padre de los dioses emplea en sus conquistas una gran variedad de disfraces. Para Europa se transformó en un toro; en realidad, a un bético esto no puede parecerle mal; ¿hay algún animal que más claramente exprese la virilidad en la vida? Pero luego, con Leda, escogió aparecer con el aspecto de otro animal que realmente no es lógico: el de un cisne. Por qué Leda se sintió tan atraída por ese bicho como para entregarse a él, es un misterio; se debía de sentir muy sola.

Pero la imaginación de Júpiter no descansa nunca al parecer. Otra señora a la que quisieron ocultar de su vista y que se llamaba Dánae, recibió su visita en forma de lluvia de oro por una lucerna, abierta en el techo de su casa. Parece que en ese caso hubiera sido lógica la apariencia de ave, pero Júpiter, esta vez, lo pensó diferentemente. ¿Cansado de plumas y garras? ¿O quiso simbolizar sencillamente que con el oro es fácil la conquista femenina?

Así, en esa ocasión, para distraer a Júpiter de su empeño troyano, Juno, su esposa, se preparó para su conquista. Que se bañó en ambrosía y se untó luego con aceite, una mezcla que yo, personalmente, encuentro bastante desagradable al olfato. Según el poeta, que debía de estar escondido en algún rincón del dormitorio, se puso luego unos pendientes de tres piedras preciosas cada uno, se compuso los cabellos en rizos, se echó un manto, un velo blanco y calzó unas sandalias. A pesar de todo ello no debía de estar muy segura de sí misma, porque le pidió a Venus que le prestara el ceñidor en que iban los encantos que ayudan al amor: deseo, frases amables, etc.

(En ese momento interrumpí a mi interlocutor para recordarle que Venus, según sus propios informes, estaba al lado de los troyanos por lo de Paris y que parecía un poco raro que ayudase a Juno a obtener de Júpiter que los abandonase a su suerte. Me contestó que así era, efectivamente, pero que

Venus, a pesar de sus filias, no podía negarle nada a la poderosa reina de los dioses.)

...total, que Juno se contoneó cerca de Júpiter, y éste, deslumbrado, le pidió que compartiera su lecho. Juno, coqueta, dijo que lo dejaran para más tarde, y el rey insistió que tenía que ser en seguida. Ella, que se fueran a una cámara, y Júpiter, que allí mismo. ¿Qué dirán los dioses si nos ven?, suspiró Juno. ¡Qué vergüenza! Júpiter aseguró que ello no ofrecía problema. Creó una nube dorada que los envolvió, y allí yacieron, olvidándose de guerras y de paces. Neptuno, aprovechando el momento, animó a los aqueos, y éstos contraatacaron, momento en que Ayante derribó de una piedra a Héctor, que fue salvado por los suyos.

(Le interrumpí de nuevo para preguntarle por ese acontecimiento, del que yo no tenía noticia. Me aseguró que era cierto, aunque el héroe troyano ya se había repuesto. Dudé si aceptarlo o no, porque esta gente, como dije varias veces, confunde continuamente la verdad y el sueño, pero le rogué que prosiguiera con su asombrosa historia.)

...cuando Júpiter se despertó y vio lo que había pasado, se indignó tanto que amenazó incluso con dar de azotes a Juno —¡imagínese el lector un dios que reacciona como el zapatero a quien se le insubordina la mujer!—, y Juno, aterrada ante su ira, le aseguró que Neptuno había obrado por su cuenta y que, si quería Júpiter, ella misma iría

a rogarle que desistiera de su empeño. Júpiter le perdonó, pero, desde entonces, los troyanos se rehicieron y volvieron a combatir duramente contra los aqueos, recobrando el terreno perdido.

Increíble. Para luchar aquí, al parecer no hace falta aprender logística, estrategia ni táctica. No hace falta tampoco observar, comparar, deducir... Con saber Mitología está uno al cabo de la calle.

CRÓNICA UNDÉCIMA

Algunos amables lectores me han escrito cartas sobre mis primeras impresiones de la guerra; dejando aparte los cumplidos que me hacen y que agradezco, aunque no hago más que cumplir con mi deber de informador, quiero destacar una pregunta que se refleja en varias de las misivas. Varios de los combates que describo —dicen mis amables comunicantes— duran toda la jornada y, sin embargo, el terreno que ganan los contendientes es mímino. ¿Cómo se explica esto?

La curiosidad de mis amables corresponsales es legítima, y procuraré satisfacerla con una explicación que quizá tenía que haber dado al principio de mis envíos. Se trata de la forma especial que tienen los griegos y los troyanos de combatir y que no se parece en nada a nuestras luchas ibéricas.

Intentaré explicar el método que aquí

usan en el combate individual —el más significativo, como ya he apuntado en otra crónica, y precisamente el que más se distingue del usado por otros pueblos en la guerra—. Los choques frontales y masivos, las maniobras estratégicas y tácticas son las mismas aquí que en cualquier otra contienda a la que haya asistido en mis largos años de corresponsal de guerra. Pero la lucha de uno contra otro reviste características especiales.

Estos combates personales se componen de tres partes: un prólogo, una acción y un epílogo. Las más largas, contra toda lógica, son la primera y la tercera. Los enemigos se afrontan desde lejos e inmediatamente inician una serie de intercambio de palabras que van desde el autobombo al insulto grave del enemigo.

¡Audaz y fanfarrón!, grita uno; y el otro le contesta: ¡Pusilánime y ridículo! El primero recuerda quién es y de dónde proviene, citando a sus antepasados; el otro le contesta que tampoco los suyos son mancos. Si han tenido algún combate anterior, el que venció le echa en cara al otro que perdiera y huyera, mientras el que tuvo esa mala suerte asegura que fue por casualidad. En el último caso siempre echan la culpa a los dioses por haber perdido, ya que, como he dicho, resulta siempre cómodo atribuir los males a las fuerzas del Olimpo, a fin de salvar la propia reputación. Así se pasan largo rato recordando el pasado y vaticinando el

porvenir, que casi siempre se concreta en lo que va a hacer cada uno con el otro: atravesarle el corazón con la lanza, hacer brotar la negra sangre —nunca roja, la sangre del enemigo es siempre negra— y, finalmente, como última amenaza, se advierten mutuamente que no volverán a su patria —al otro lado del mar en el caso griego, a Troya en el contrario— y que sus familias no tendrán el último consuelo de enterrarlos con honores fúnebres porque el cuerpo será dejado a merced de los perros. Todo esto lo van diciendo a diez pasos uno del otro, vociferando y agitando las lanzas en el aire, mientras a su alrededor se ha detenido la pelea y sus partidarios les escuchan fascinados, tanto por su verbo como por su presencia.

Después de ese preludio, que puede durar incluso una hora, se arrojan el uno contra el otro, y debo reconocer que entonces demuestran que sus amenazas no eran pura bravata. En estos combates vale todo; no hay ningún reglamento ni costumbre bélica que se obedezca. Tiran las lanzas, empuñan las espadas, arrojan gruesas piedras y, cuando hace falta, echan las manos al cuello del enemigo, hasta que uno de ellos cae al suelo. Y entonces, aunque pida la vida como recompensa a su valentía, jamás se le concede. El enemigo es degollado aunque sea incapaz de moverse. Aquí no se da cuartel a nadie.

Pero el combate no termina con ello, ya

que al vencedor le queda todavía una tarea importante, que es la de apoderarse de la armadura del muerto; no sé si esta costumbre obedece al principio de unir lo útil con lo agradable —para esta gente parece un placer combatir— o sencillamente que quieren mostrar con las armas del perdedor la prueba de su triunfo, pero cada vez que termina la lucha el vencedor empieza a desnudar al vencido; éste resulta el momento más peligroso, porque los partidarios del caído, movidos tanto por el resentimiento ante la derrota como por el deseo de recuperar al menos el cadáver de su héroe, abandonan su actitud pasiva anterior precipitándose contra el vencedor, al que ayudan entonces sus propios soldados. Muchos han caído así, víctimas de los vengadores cuando tenían sus brazos ocupados en despojar al caído.

Ésta es la forma de combatir común a los griegos y a los troyanos. Y ésta es la explicación de que un solo combate pueda durar todo el día y que al final las líneas de los dos ejércitos no se hayan movido un palmo de sus posiciones anteriores. Espero que con ello haya satisfecho a mis amables correspondientes.

CRÓNICA DUODÉCIMA

Tengo grandes e importantes nuevas porque ha entrado en la batalla un nuevo e

importante factor. Se llama Patroclo y es el amigo íntimo —hay quien dice que algo más— de Aquiles. Parece que, apesadumbrado ante la tremenda ofensiva troyana, le pidió a Aquiles, que ya que no iba él, le permitiera ayudar a los aqueos, que estaban a punto de perecer en sus naves. Aquiles se lo concedió con la condición de que se limitara a alejar el peligro del incendio y conseguir que la batalla se reemprendiera en el amplio campo situado entre la ciudad de Troya y el campamento griego; es decir, que su ayuda sólo tenía que servir para situar de nuevo la guerra en el fiel de la balanza. Aquiles no veía con malos ojos que sus aliados sufriesen derrotas, pero tampoco quería que éstas fueran definitivas, acabando con todos los que habían sido sus amigos; aparte de que la situación de sus propias naves, entre la rota de la escuadra, hubiera sido, además de peligrosa, embarazosa, políticamente hablando. ¿Qué le hubiera tocado hacer? ¿Huir sin ser derrotado? ¿Aceptar un humillante salvoconducto de Héctor para marcharse? Patroclo podía situar de nuevo las cosas en su punto para que siguieran rogando por su vuelta y él siguiera haciéndose de rogar.

Sin embargo, en la guerra no es una fórmula que pueda administrarse con precisión matemática; la misión encomendada a Patroclo olvidaba tanto la condición humana del guerrero como la pasión bélica de sus enemigos. Un campo de batalla no es

precisamente un estadio donde pueda limitarse claramente el esfuerzo: correr los cien codos y detenerse. Lanzar el disco cinco veces y ni una más. Luchar con tres adversarios y parar. Porque el enemigo no es el tiempo, ni el espacio, ni la matemática, y no puede contarse con él para que colabore en el empeño. Ni esperar que frente a él pueda mantenerse la serenidad con que el atleta lucha para superar la marca anterior.

Pero no adelantemos los acontecimientos. Aquiles le cedió a Patroclo su mejor armadura de bronce y una lanza de las que él usaba. Y al frente de sus mirmidones le envió a la batalla después de hacer, cómo no, la ofrenda del vino a Júpiter para que ayudase en la empresa.

No hace falta recurrir a metáforas para explicar el impacto causado por los nuevos soldados cuando llegaron a la refriega. Cuando las llamas se elevaban ya de las cóncavas naves —perdón, se me está contagiando ya el estilo de ese rapsoda que por aquí circula—, quiero decir, cuando las teas troyanas habían prendido ya en alguno de los barcos, irrumpió contra el ala izquierda troyana el refuerzo griego. No hacía falta, como se empeñan los creyentes, que les ayudase Júpiter ni nadie del Olimpo. Cualquier aprendiz de observador en una guerra sabe perfectamente lo que significa la entrada en la batalla de unas tropas frescas, físicamente intactas por su ausencia del campo de batalla y, al mismo tiempo, mentalizadas, psicológicamente preparadas para la lucha. Habían sido muchos días de morder el freno, para esos militares profesionales que eran los mirmidones. Tras haber sido retenidos se les soltaba ahora contra su presa. Iban, además, tras un jefe admirado, el segundo del general, el gran Patroclo.

Al verles llegar hice que mi trirreme se acercara de nuevo a la ribera —nos habíamos separado un tanto por el lógico temor de arder con las demás naves—, porque estaba claro que el peligro inmediato había desaparecido. Los troyanos tendrían que dedicar sus próximos minutos más a evitar su propia destrucción que a pensar en promover la de las naves enemigas. Efectivamente, desde mi nuevo punto de vista, pude apreciar claramente la catástrofe. La primera embestida cortó la retirada a muchos teucros, que fueron cayendo junto a las naves; se apagó el fuego de éstas y los ocupantes saltaron a tierra a contribuir a la matanza de los seguidores de Héctor.

Asistí así a uno de los encuentros más bonitos; pido perdón al lector si empleo esta expresión al hablar de combates sangrientos, pero cuando dos guerreros de talla se enfrentan, hay en su encuentro una belleza bárbara. La habilidad y el valor luchan, la destreza y la suerte ayudan. El polvo que levantan en sus evoluciones los cascos de los caballos y las ruedas de los carros envuelven a los contendientes, y los espectadores tienen que contener el respiro unos ins-

tantes hasta poder ver el resultado del encuentro. Tan importante como disparar es la misión de quien conduce el carro; éste debe saber situarse de forma que permita a su jefe el ángulo más conveniente, intentar derribar el carro enemigo con maniobra de choque lateral y, en último término, si su acompañante resulta herido, sacarle lo más rápidamente posible del campo de batalla para que sea curado.

Esa labor es tan importante, que muchos guerreros procuran desde el principio herir al auriga para inmovilizar a su enemigo y acabar mejor con él. Eso es lo que intentó Patroclo apuntando, no al licio Sarpedón, sino a su conductor, Trasimelo, alcanzándole en la pierna y derribándole. Simultáneamente, Sarpedón hería a uno de los caballos del carro de Patroclo; Automedonte cortó con la espada los tiros, y los otros dos caballos pudieron volver a ponerse en marcha abandonando a su compañero en el polvo. Polvo donde cayó casi inmediatamente el héroe troyano, quien, tras lanzar y errar su segunda lanza contra Patroclo, recibió en pleno corazón la del amigo de Aquiles. Cayó con gran ruido de armas en la llanura.

A su alrededor, como de costumbre, se fraguó una gran pelea por la posesión del cadáver y de sus armas. Desde donde estaba podía ver a combatientes de ambos lados acudir al lugar, y entre ellos, visible por las plumas del casco, el gran Héctor. Entre la polvareda le vi derribando de una pedrada

a un griego —Epigeo me dijeron se llamaba— cuando intentaba arrastrar al muerto Sarpedón. Por fin, la fuerte ofensiva mirmidona pudo más que los fatigados teucros. Héctor dio la orden de retirada y, subiendo a su carro, se dirigió hacia la ciudad, mientras los aqueos gritaban su entusiasmo por la victoria arrastrando al que fuera rey de los licios y ya no parecía más que un cuerpo rebozado en sangre y polvo.

La segunda parte del drama se desarrolló también por la posesión de un cadáver. Enardecido por la victoria, Patroclo no se detuvo después de haber alej. o a los troyanos de las naves; por el con. rio, decidió explotar la victoria como se dice en términos militares, y pensó que con un enemigo desmoralizado, que tras haber tenido tan cerca el incendio de las naves aqueas se veía destrozado y huyendo, le sería fácil rematar su labor. Quizás imaginó oscuramente ser el hombre llamado a resolver la larga y difícil guerra. Sería fabuloso que quien había sido siempre el número dos a la sombra del mágico, del mítico Aquiles, fuera el vencedor de la guerra de Troya.

Naturalmente, no sé hasta qué punto son lícitas estas especulaciones para un cronista de guerra, pero de alguna manera podrían explicar que Patroclo desobedeciera las órdenes estrictas de su jefe y prosiguiera su carrera al frente de sus mirmidones hasta las murallas troyanas. Allí, a sus pies, Héctor había conseguido poner un poco de or-

den en sus falanges y las exhortaba a luchar contra el enemigo; evidentemente, el hijo de Príamo no quería desmoralizar más a sus tropas encerrándolas en la fortaleza.

Y, así, cuando Patroclo irrumpió, se encontró con Héctor esperándole. No había otro hombre contra quien dirigirse; el más esclarecido de los aqueos de aquel día tenía que atacar al mejor de los troyanos. Arrojó una gran piedra y derribó a Cebriones, auriga de Héctor. Saltó luego en busca de sus armas, y Héctor acudió por el otro lado. Corrieron todos, y yo entre ellos, a presenciar lo que iba a terminar con la muerte de alguien muy importante en la guerra; obligué a mi auriga a deslizarse entre los carros de los aqueos y pude presenciar el resto del combate. Patroclo, con la ayuda de los mirmidones, rechazó a Héctor y se apoderó del cadáver, pero apenas le puso a buen recaudo, volvió a la carga con furor insensato; adelantándose a sus tropas entró por entre la masa de los troyanos alanceando, cortando, acuchillando. Varias veces le perdí de vista en la masa enemiga, otras tantas volvía a emerger cubierto de sangre y polvo y profiriendo insultos contra quienes le rodeaban. La última vez no reapareció. Y quien surgió de entre las filas troyanas fue Héctor, encaminándose, lanza en mano, contra el carro de Patroclo, que regía Automedonte; éste, presa del pánico, revolvió los caballos y partió hacia las naves cruzando violentamente por entre nosotros.

Todos nos miramos. No había más que una explicación Patroclo había muerto a manos de Héctor.

Así había sido, como era lógico sucediera tras su suicida ataque en el centro de las fuerzas enemigas. Pero como estos griegos son tan patrioteros, empezó a circular entre los observadores un rumor que acabó siendo una historia precisa y concreta. Patroclo había caído porque Apolo, amigo de los troyanos, le había despojado —en pleno combate— del casco y de la armadura y dejado inerme ante sus enemigos. ¡Nada más que esto!

CRÓNICA DECIMOTERCERA

Cuando sobrevino la entrada de Patroclo en la guerra, yo y todos los demás observadores comprendimos lo que ocurriría si le pasaba una desgracia al héroe. Esa posibilidad era tan clara, que por aquí circulan rumores de que todo fue preparado por el más inteligente de los argivos, Ulises. Al fracasar sus intentos de que Aquiles volviese al combate, llevó su acción por un camino oblicuo; buscó la colaboración de Patroclo, sabiendo que éste, que no se sentía obligado por ningún juramento ni había recibido ninguna ofensa de los aqueos, estaba mucho más dispuesto a ir al combate, del que sólo le separaba su amistad con Aquiles. Al darle éste el permiso, todo estaba resuelto; estoy

seguro de que Ulises confiaba en que la suerte de las armas sería desgraciada para el héroe griego, puesto que su orgullo le haría desafiar al más fuerte de los troyanos, es decir, a Héctor. Y con Patroclo muerto, la entrada de Aquiles en la contienda era cuestión de horas...

Así ha sido efectivamente. Y la reacción del gran griego al conocer la noticia ha sido aún más intensa de lo esperado; se tiró al suelo, llorando, tras cubrirse de ceniza la cabeza. Los amigos le rodeaban sin saber qué decirle para aliviar su dolor. Al levantarse, transfigurado por la ira y la tristeza, dio una voz de mando estentórea; quería armas para combatir con quien había matado a Patroclo.

(Ese dolor intenso ha confirmado, al parecer, los rumores que circulaban en el campamento sobre las relaciones entre los dos hombres y que iban más allá de una simple amistad. Es cierto que Aquiles dejó la contienda porque estaba indignado por la pérdida de una esclava, pero, en tierra griega, al parecer, resulta natural el tener amantes de ambos sexos. Por otra parte, cualquier observador de la condición humana se da cuenta de que el fuerte, el valiente Aquiles tiene muchas cualidades de tipo femenino. Por ejemplo, la vanidad; ninguna mujer se ha dejado elogiar, aplaudir, venerar como él. Está siempre rodeado de aduladores, y le gusta oírles cantar sus glorias. Igualmente femenino —aunque haya sido por causa de una mujer— ha sido su irritación por haberle privado de una querida; en un hombre normal no hubiera sido éste motivo bastante para abandonar una causa tan importante como una guerra en la que colaboraban todos los pueblos griegos. Igualmente mujeriego, es el coqueteo con que se negó a perdonar a quienes se postraban a sus pies pidiendo que volviera al combate para caer por fin en una leve concesión: la de que fuera su amigo favorito en su nombre.

...Y por fin, repito, esa desesperación que le destroza, la que sólo se tendría por una esposa amadísima y que le ha obligado nada menos que a romper el sagrado juramento que había hecho públicamente de no participar en la guerra. Pero esta posibilidad aquí no produce el menor escándalo. No olvidemos que el mismo Júpiter gusta de variar sus placeres sexuales. El copero que le sirve durante la cena y después de la cena, según comentario general, se llama Ganimedes, y era un pastorcillo que cuidaba sus rebaños en el monte Ida. Al Señor de los dioses le bastó una ojeada desde su Olimpo para que le complaciera su presencia, y de entre sus numerosos «trajes de faena» escogió el que mejor iba para las circunstancias topográficas en que se encontraba el muchacho, es decir, el de águila. Con el consiguiente temor, el muchacho vio desplomarse sobre él el ave de rapiña y se sintió arrebatado hasta su nuevo puesto de camarero «para todo» del gran Júpiter. Ese acto,

para nuestra deleznable moralidad, en el que se unen la homosexualidad y la corrupción de menores, no despierta entre los griegos con quienes lo he comentado el menor escándalo. Desde luego entre estar de pastor trabajando de sol a sol y ser ayuda de cámara del «Padre de los dioses», la elección no es difícil, me ha dicho uno cínicamente.

(Por cierto que lo que escancia Ganimedes a Júpiter no es nunca vino, sino hidromiel y ambrosía. Según los homeritas, los dioses no toman nunca vino, y por ello no tienen la sangre negra como nosotros.)

Sea como sea, el caso es que Aquiles está dispuesto a la lucha. Mas para ello necesita nuevas armas, ya que las suyas se las quitó Héctor a Patroclo. Mientras se las confeccionan —según esos crédulos se las forja nada menos que Vulcano, pero yo imagino que se las estará haciendo cualquiera de los hábiles herreros que siguen al ejército—, Aquiles ha decretado majestuosas honras fúnebres para su amigo del alma.

Las he presenciado, y tengo que reconocer que los griegos saben hacer bien estas cosas. Un trípode gigantesco sostenía una bañera en que hirvió el agua que calentaba un gran fuego de leña; con ese agua se lavó cuidadosamente las heridas y el polvo de Patroclo; luego fue ungido de aceite oloroso y le dejaron expuesto en el lecho con un sudario de lino y un velo blanco por encima. Durante toda la noche sus mirmidones y el mismo Aquiles lloraron y recordaron las

gestas del muerto.

Al día siguiente hubo la gran ceremonia de reconciliación con el rey Agamenón. Éste agradeció a Aquiles que volviera al combate y le ofreció a Briseida, la esclava causante de la pelea entre los dos griegos. Para que su devolución fuera más valiosa, Agamenón juró ante los dioses que no la había tocado y que estaba tan intacta como el día en que entró en su tienda. Hubo algunos murmullos entre los griegos; algunos se dieron con el codo sonriendo; la verdad es que viéndola —es bellísima— se hace difícil creer en tanta continencia por parte de Agamenón. Aquiles piensa probablemente lo mismo, pero ha dado el asunto por terminado de todas maneras. Briseida nunca le importó demasiado; lo que le irritaba era el hecho de que se la quitaran.

Luego se puso las armas, y todos acudieron a presenciar esa operación; realmente los armeros —perdón, Vulcano— se han lucido. Si no están hechas por un dios, merecían serlo. El escudo tiene grabadas figuras de todas clases, dioses, pastores, bueyes, ciudades; la coraza y el casco son espléndidos.

Así armado ha salido Aquiles a la guerra dispuesto a vengar a Patroclo matando a Héctor. El resultado no es fácil de prever, pero sí hay que destacar que este hombre tiene las energías intactas y no está gastado por el esfuerzo como Héctor. Por si fuera poco, recordemos que sus mirmidones son las tropas menos fatigadas de entre todos

los combatientes y, por fin, la diferencia numérica entre troyanos y griegos sigue siendo muy grande a favor de estos últimos. La suerte de Troya está probablemente sellada, mas no porque lo haya dispuesto así Júpiter, como se empeña en repetir el poetastro que por aquí circula, sino por pura lógica militar y política.

El primer enemigo con que topó el iracundo Aquiles fue Eneas. La costumbre que apuntaba en otra crónica de hablar largamente antes de emprender combate ha llegado esta vez a extremos que no vacilo en llamar ridículos. Delante de los dos ejércitos formados, ambos guerreros se han empezado a dirigir largos discursos. Aquiles le ha recordado la vez anterior en que se encontraron, cuando le hizo huir por el monte Ida; Eneas se ha pasado otros diez minutos explicando a Aquiles quién era y de dónde provenía, con largas y ampulosas descripciones de sus linajes. Todos los combatientes presumen de tener algún parentesco con los dioses. Dada su condición humana, está claro que se trata de un parentesco por la mano izquierda; por ejemplo, un dios que se paseaba por el prado y encontró de su agrado a una pastora que resulta ser la abuela del héroe de hoy; son cosas que en otros pueblos ocurren pero no se cuentan. Éstos, en cambio, la gozan explicando liviandades de sus antecesoras.

Terminados los largos discursos, pasaron por fin al ataque, con los observadores es-

perando impacientes al ver en acción al gran Aquiles y apostando por él en su inmensa mayoría. Efectivamente, tiene tanta fuerza como reflejos rápidos; dicho de otra manera, es un combatiente de grandes posibilidades, porque la violencia con que envía la lanza, no está reñida con un gran sentido de anticipación ante el ataque adversario. Eneas fue el primero en arrojar la lanza, y el escudo de Aquiles subió a la altura precisa para recibirla en el mismo centro, es decir, donde era más espesa la protección. Quienes lo han visto de cerca me aseguran que tiene cinco capas, dos de bronce, una de oro y otras dos de estaño; la de oro fue la que detuvo la lanza troyana.

Quiero hacer una observación sin ánimo de crítica; pero creo que es de justicia señalar que en esta guerra, quizá como en todas las guerras, parte con ventaja quien tiene más dinero y medios. Con un escudo de esta clase, el impacto enemigo se hace muy difícil; los pobres combatientes que usan sólo un escudo de madera, cuanto más protegida por una piel de cuero, no tienen ninguna posibilidad ante un proyectil tirado con fuerza. Por otro lado, también hay pocos atletas capaces de manejar un escudo tan eficaz como pesado.

Sea como sea, Aquiles, tras la parada perfecta, lanzó a su vez una lanza; todos pudimos admirar el tamaño de su bíceps al distenderse en el arroje. La punta golpeó el escudo de Eneas, resbaló por el borde sin

perder apenas fuerza y pasó silbando junto al hombro del troyano, que se acurrucó aterrado. En sus ojos se vio el pánico. Había visto la muerte.

Y antes que pudiese sobreponerse estaba ya Aquiles encima de él, espada en mano; todavía aturdido por el golpe, Eneas cogió una pesada piedra para intentar detenerle. Pasaron unos carros en ese momento y la polvareda me impidió ver el final de la acción. Cuando se disipó el polvo, Aquiles estaba solo mirando a su alrededor. Eneas había desaparecido.

Han sido Apolo o Venus, los dioses troyanófilos, susurraron algunos a mi alrededor. Ha sido el pánico —pensé yo—. Eneas se ha dado cuenta de que en ese momento no hay más que un hombre que pueda afrontar a Aquiles. Y ese hombre no es él.

Ese hombre, naturalmente, se llama Héctor.

(He tenido otra discusión con un «homerita» sobre la intervención de los dioses en toda esta campaña. Según ellos, todo ocurre porque está escrito en el pensamiento de los dioses. Entonces, ¿dónde está el mérito o demérito de los luchadores, dónde está su inteligencia, su sentido de la vida, dónde está, en fin, su voluntad?)

Todo esto, me dice, existe, sí, pero depende de los dioses incluso en los cambios. Si Agamenón ofende a Aquiles como en el caso de Briseida, la culpa es de que los dioses le cegaron. Si Aquiles rechaza las excusas de

Agamenón días más tarde, tampoco es culpa de la testarudez del héroe. Es que los dioses han puesto locura en su corazón. Pero aquello fue grave, y por eso Aquiles tenía que haber aceptado el intento de reconciliación del rey. Al no hacerlo fue castigado con la muerte de Patroclo, su mejor amigo. Pero, ¿cómo es posible? —grito yo, ya indignado—. Si vosotros mismos reconocéis que los dioses fueron los responsables de la negativa de Aquiles, ¿por qué tenían los mismos dioses que castigarle luego? ¿Qué culpa tenía él? Es que hay dioses y dioses, me contestan. Y unos pueden estar a favor de unos, y otros, a favor de otros. Pero siempre son ellos los que deciden la suerte de los seres humanos. Y todo está grabado en la mente del Gran Júpiter, que sabe ya lo que tiene que sucederles. Y en este caso, contesté, ¿por qué decir que el Padre de los dioses se distrajo una vez permitiendo ganar a los aqueos? ¿Y que Juno podía cambiar con dos carantoñas lo que estaba escrito en su divina frente? Algunas veces, admiten, suceden cosas así, pero el principio sigue siendo el mismo. Todo está resuelto en el Olimpo. Los hombres no son más que marionetas que juegan según los dioses decidan...

Pero como los dioses son muchos, y se contradicen, y aun luchan todo el tiempo, al parecer la situación resulta francamente complicada, y en una guerra, francamente peligrosa. Por lo que he colegido de esa re-

ligión, uno tiene que saber elegir muy bien a los protectores, procurando que sean lo más importantes posible para que le ayuden en la batalla. En principio, como he dicho ya, los dioses aparecen claramente establecidos en los dos campos de batalla: por un lado, Marte, Apolo, Venus, Diana, están con los troyanos. Juno, Neptuno, Minerva, Vulcano, con los griegos. Ambos bandos ofrecen sus sacrificios a sus dioses, que les ayudan en cuanto pueden y se pelean entre ellos para hacerlo mientras Júpiter recibe las ofrendas de todos; siendo el más importante, igual le suben los humos de los bueyes quemados por los troyanos que los de los griegos. Júpiter, el gran Júpiter «que amontona las nubes» como le llaman aquí porque entre otras cosas es el encargado de la meteorología, acepta orgullosamente las ofrendas de ambos y decide lo que le conviene o lo que le divierte. En algunos casos, cuando su hermano Neptuno ha hecho a sus espaldas y con la complicidad de Juno lo que le estaba prohibido en ayuda de los griegos y Júpiter que puede perdonar a su esposa en el lecho, no tiene las mismas razones para olvidarse de las faltas de respeto de su hermano. En alguna ocasión le ha amenazado con hundirle en el Averno recordándole que él es más fuerte que todos los dioses juntos. Lo que al parecer es verdad y aterra a los que le dirige esa frase.

Lo que le ha dado gran fama a Júpiter, quizá lo que le ha dado fama de invencible

ha sido la batalla contra los Gigantes, los que intentaron la primera rebelión contra el poder constituido que se recuerda en la Historia. Colocando monte sobre monte, esos tipos, de tamaño extraordinario, intentaron asaltar el Palacio de los Dioses. Júpiter les arrojó el rayo exterminador y los sepultó bajo las mismas montañas que levantaban como escalones hacia el poder. Aunque en ese caso fue ayudado por los demás dioses, él fue el jefe e inspirador de la batalla, y su autoridad no ha decaído desde entonces.

Pero, entonces, insisto yo, esa guerra, ¿depende totalmente de lo que decida «el que acumula las nubes»? Pues resulta que tampoco. Porque incluso él, a veces, toma una balanza y pesa la suerte de los contendientes y obedece lo que decide el platillo que cae. Y empezaron a hablarme del Destino que puede incluso decidir de la vida de la gente, aunque Júpiter, el gran Júpiter...

Lo confieso. Cada vez comprendo menos a esta gente. ¡Con lo fácil que es explicar lo que aquí está ocurriendo, por la lógica, e incluso por la matemática!

CRÓNICA DECIMOCUARTA

Ha estado a punto de ocurrir un final ridículo a la gran empresa trágica de la guerra de Troya. Ha estado a punto de ocurrir que el gran héroe Aquiles no muriera víc-

tima de la lanza de Héctor ni de cualquier otro gran jefe troyano, sino que pereciera de la más tonta y menos elegante manera posible; es decir, ahogado.

Resulta que tras escapársele de las manos la codiciada presa de Eneas, Aquiles siguió su marcha destructora, derribó a Licaon, que arrodillado a sus pies le pedía gracia, y le remató fríamente. Ese guerrero será muy valiente, pero, de nobleza, nada; por cierto, que testigos presenciales del combate —yo me encontraba muy lejos de él en estos momentos— me han asegurado que Aquiles se burló de las ganas de vivir de Licaon recordándole que él mismo moriría también. La frase con que lo dijo es muestra de su nunca exagerada petulancia: «¿No ves lo gallardo y alto que soy, como hijo nada menos que de una diosa? Pues también a mí me alcanzará la Parca.» (Porque, en su superstición, los griegos creen que hay tres mujeres así que deciden la suerte de los hombres cortando con unas tijeras el hilo de la vida.)

Después de éste mató a Asteropeo que, sin embargo, logró algo tan difícil como herirle en un codo con una lanza; era ambidextro y le tiró las dos al mismo tiempo. Ese combate sí lo vi, y me quedé asombrado de la estupidez de que dio muestras Asteropeo. Cuando Aquiles le arrojó la suya, falló y se quedó clavada en la ribera del Janto, el río que corre, más o menos, a medio camino entre las naves y la ciudad. Pues bien, el

troyano, en lugar de aprovechar ese momento para atacarle con la espada, se empeñó tozudamente en arrancar la lanza de donde había quedado; mientras hacía esos inútiles esfuerzos, Aquiles llegó y le clavó su espada en el vientre. Algo incomprensible. La única explicación de la actitud suicida de Asteropeo es la que mencioné al principio de esta corresponsalía; es decir, que la fama de Aquiles es tan grande, que sus adversarios, al verle, se atemorizan de tal manera que olvidan las primeras nociones del arte de la esgrima.

Después de este combate ocurrió el incidente a que me refería al principio. El viento que se había levantado hacía poco empezó a cobrar una fuerza inusitada, y el río, que ya venía crecido, se encrespó, precisamente cuando Aquiles había entrado en él repartiendo mandobles a diestro y siniestro contra los atemorizados troyanos; de pronto se sintió arrebatado por las aguas. Mi auriga y yo, que llegábamos a la ribera con intención de seguir de cerca el avance de Aquiles, nos detuvimos atemorizados ante el espectáculo; los caballos piafaban y se levantaban de manos ante el ruido de las aguas, y tanto yo como los griegos contemplábamos, sin poder hacer nada, el esfuerzo del héroe que, con el peso de las armas, parecía que se iba al fondo. Por fin, sus amigos prorrumpieron en aplausos; Aquiles había logrado asirse a un tronco y saltar a la orilla, pero apenas había tenido tiempo de res-

pirar hondo cuando el río, con un ruido infernal, salió de madre; nosotros nos retiramos a un altozano, pero, por el lado donde había tomado tierra el héroe griego, no había más que la llanura que termina en Troya y por allí avanzaron furiosas las olas. Aquiles se levantó y salió corriendo —la primera vez, decían los griegos, que Aquiles huyera de algo o de alguien—. Efectivamente, la fuerza de las aguas producía pánico; el cielo estaba encapotado y la noche parecía llegar antes de tiempo. Aquiles corría, el agua le perseguía y la tempestad del cielo se unió a la de la tierra; lucieron los relámpagos y sonó el trueno; un rayo cayó sobre la hierba seca y un incendio voraz empezó a correr por el campo disputándose el espacio con las aguas. Luego, tan improvisadamente como empezó el fenómeno, todo quedó en calma. Las aguas descendieron de nivel, el río volvió a su cauce y las llamas se fueron apagando. Desde lejos veía a Aquiles, rodeado de los suyos mirando alrededor, todavía con aire preocupado.

Los griegos comentaban apasionados el espectáculo. Vi un grupo atento alrededor de un hombre y me acerqué. Era el rapsoda del que ya he hablado. Efectivamente está ciego o, al menos, ve muy poco; tenía los ojos entornados y recitaba una especie de salmodia que los circunstantes escuchaban con la mayor atención. Me imaginé que, como siempre, le había sacado una explicación teológica a lo ocurrido, y así era, efectivamente. Juzgue el lector la imaginación que tiene este hombre. Donde un hombre de sentido común ve sencillamente una tempestad de agua y nubes, él había descubierto que se trataba de lo siguiente:

El río Janto —aquí todos los fenómenos tienen carácter divino— se indignó con Aquiles porque le llenaba el cauce con cadáveres de teucros y le pidió que dejase de mancharle el agua. Aquiles no le hizo el menor caso, y el río, entonces, fue a por él con todas sus fuerzas. Menos mal que Juno pidió a Vulcano que contraatacara en ayuda de su predilecto Aquiles, y el dios herrero lanzó una llama abrasadora que hizo que el río se retirase. Yo quería preguntarle al Homar u Homaro ese desde cuándo la acción del fuego es más poderosa que la del agua, pero me detuve a tiempo; los ánimos están muy excitados, y a ese hombre le consideran un genio.

Pero la fantasía del poeta llega a más. Moviendo la cabeza de un lado a otro ha empezado luego a contar la más extraña de las historias. Decía que veía —como no ve nada aquí abajo no le queda más remedio que ver arriba—, que veía, digo, a los propios dioses luchando entre ellos, con Júpiter muerto de risa ante la escena. Parece que Marte, el troyanófilo, atacó a Minerva, la progriega, dándole con una lanza en el escudo, y que éste resistió. Minerva, irritada, cogió una piedra y le dio en la cabeza a Marte, que cayó derrengado al suelo. En

este momento, aunque le había prometido guardar silencio, no pude por menos de interrumpir:

—Pero, ¿no quedamos en que Marte es el dios de la guerra y Minerva la sabiduría? ¿Cómo se explica entonces que la segunda venza al primero en su propio terreno? ¡Si se hubiese tratado de un concurso literario, unos juegos florales!

La verdad es que Minerva parece serlo todo. Para empezar, nace de la forma más original posible; de la frente de su padre, que se quejaba desde hacía tiempo de dolores de cabeza; dolores lógicos si se piensa que cuando surgió a la luz ya iba completamente armada con lanza y escudo. ¡Ah!, y el comadrón fue nada menos que Vulcano. Llamar a un herrero para un parto ya revela la barbarie con que se desenvolvían de vez en cuando esos griegos que presumen de gran finura y civilización. El llamado utilizó el más rápido de los sistemas, que no era, naturalmente, el más cómodo. Le dio un hachazo en la cabeza a Júpiter y procedió así al más doloroso de los partos que en el mundo hayan sido.

Minerva, como digo, es todo. Quizá porque le había costado tanto esfuerzo parirla a su padre, éste la distinguió con dones increíbles. No sólo es la diosa de la sabiduría, sino de la sabiduría aplicada. Tanto de la construcción naval como de las artes textiles. Como esos dioses, a pesar de la importancia que se dan, resultan luego muy mez-

quinos, la leyenda cuenta que porque una tejedora lidia presumía de tejer tan bien como ella, la convirtió en araña, que tomó así su nombre —Aracne— para que tejiera toda la vida.

(Cuanto más oigo sobre esas ridículas supersticiones, más veces doy gracias al cielo por haber nacido en el seno de la religión verdadera, tan justa, tan humana, tan lógica y perfecta.)

Homar u Homer continuó su rapsodia sin hacerme caso. Venus ayuda a Marte a levantarse para sacarle de la pelea; Juno, que lo ve, azuza a Minerva, que persigue a la diosa del amor, y le tira también al suelo.

No tuve más remedio que intervenir de nuevo:

—Pero, ¿Juno no había recibido de Venus los encantos necesarios para seducir a Júpiter? ¿Así muestra su agradecimiento?

Esta vez no me hicieron caso. El poeta siguió explicando que Neptuno, excitado por lo que estaba viendo, desafió a Apolo para que combatiesen ellos a su vez. Apolo se negó —el poeta lo excusaba diciendo que no quería pelear con su tío por respeto—. Diana, diosa de la caza, increpa a su hermano llamándole cobarde. Juno, entonces, agarra a la pobre Diana, le quita el arco y el carcaj y con él empieza a darle en las orejas.

No daba crédito a mis oídos. Pero la escena, digna de cualquier barrio proletario donde las peleas entre vecinos se suceden, seguía en el Olimpo. Diana corre a refugiarse

en los brazos de Júpiter, que la consuela como puede.

¡Qué familia! ¿Y en ese espejo tiene que reflejarse e inspirarse el ser humano?

CRÓNICA DECIMOQUINTA

Se está acercando el final del drama. Todos los observadores estamos de acuerdo en ello, y el vaticinio es fácil; en campaña no quedan más que dos grandes figuras. El vencedor de la contienda será también el de la guerra, porque los ejércitos están tan cansados que aceptarán sin protestas ese triunfo que decida el último resultado.

En Troya hay un gran pesimismo. La entrada de Aquiles en la guerra les ha hecho perder las esperanzas, que tan altas habían sido con motivo de las victoriosas campañas precedentes; la muerte de sus hijos se nota de forma tremenda en una población ya de por sí poco numerosa. Ha empezado a notarse que los prisioneros se entregan ya con las armas en la mano sin utilizar; eso no ocurría al principio de mi llegada aquí, y demuestra que la moral del Ejército troyano está muy baja. En mis conversaciones con ellos me han descrito una ciudad llena de mujeres que lloran a sus caídos; por cada soldado sano que se ve, tres o cuatro circulan heridos o apoyados en los brazos de compañeros más afortunados. Por otra parte, por si el espectáculo fuera poco, hay

una hermana soltera de Héctor que quizá por serlo —al parecer no es muy agraciada— se pasa el día pronosticando las desventuras mayores sobre la ciudad y sus habitantes. Se llama Casandra. Con tales voces surgiendo de la familia reinante, donde siempre debe privar el optimismo, puede imaginarse lo que pensará el vulgo.

El troyano de que hablo me ha contado una escena tristísima de que ha sido testigo. Príamo, que ha llegado también a la conclusión de que el desastre se avecina, estaba intentando convencer a Héctor para que rehúya el combate con Aquiles. La pérdida de sus otros hijos ha sido un golpe mortal para el pobre anciano. Varias veces ha reiterado al superviviente su deseo de que no salga a luchar; los gritos se oían desde todas las esquinas de la muralla, y los soldados escuchaban con el corazón encogido. Héctor, sin embargo, se negó.

Todos los testigos coinciden sobre la valía de ese príncipe, el único que ha entrado en la guerra sin ningún ánimo de violencia. Y la prueba es que de él partió la iniciativa de darla por terminada con un combate individual entre Paris y Menelao. Lo que le hace luchar es su gran amor a la familia primero, su sentido del honor, inmediatamente después. Todos los troyanos están de acuerdo en que reprobó el rapto de Helena por Paris, porque imaginó que eso daría a los griegos un *casus-belli* en que estaban pensando hacía tiempo —en ese aspecto

confirmándome las informaciones recibidas al llegar sobre el carácter económico de la guerra.

Los griegos llaman siempre a los teucros domadores de caballos. Parece ser que efectivamente se han dedicado, durante toda su historia, a criarlos y a venderlos al resto del mundo civilizado, aunque los aqueos no les son inferiores en su manejo. Yo diría, sin embargo, que la diferencia entre los dos pueblos combatientes radica en gran parte en que Troya es más primitiva; aparte de los caballos, cría y multiplica gran cantidad de ganado lanar; los productos de sus corderos, ya hilados, son conocidos en todo el resto del mundo civilizado. Es muy posible que entre los intereses económicos que guían a los griegos en esta contienda esté el asegurarse una auténtica fuente inagotable de materia prima en lo que se refiere a la lana. Caballos por un lado, corderos por el otro; una Troya independiente puede vender esos productos a Grecia, pero una Troya vencida se los tendrá que dar gratis o al precio que fijen los mercaderes de Atenas, de Creta, de Ítaca. Si se piensa un poco, se comprende que son productos de primera necesidad en la sociedad occidental en que vivimos. El caballo representa el movimiento comercial —tira de las carretas del traficante— y de lujo —lleva al gran señor a la caza o al paseo— pero, sobre todo, significa la superioridad en la guerra. Una buena caballería corre la tierra enemiga y la arrasa, un buen

tren de carros con su auriga y su tirador puede decidir una batalla en pocos minutos. Y la lana significa el complemento necesario para la vida diaria. La ropa que cubre al hombre y a la mujer, las cuerdas hechas cuando se entrevera, los sacos para transportar mercancías, las mullidas camas de los ricos. Por otra parte, la lana es un magnífico instrumento de cambio; muchas tribus selváticas del norte de África e incluso de Iberia que no aceptan el oro y la plata porque no conocen su valor, acceden sin embargo a entregar sus productos ante una capa de buena lana porque comprenden en seguida su efectividad. Cada vez me convenzo más de que tenía razón mi informador de los primeros días, pero quizá se quedó todavía corto. Ésta es una guerra no sólo porque Troya sea la puerta a nuevos mercados. Troya es, asimismo, el centro de producción de algo importantísimo para el futuro griego.

A propósito de la humana actitud del héroe troyano me contó también el prisionero que había sido testigo de la despedida de Andrómaca, que le rogaba que no saliese al campo, donde sólo encontraría la muerte. Héctor no le habló con la arrogancia con que lo hubiera hecho Aquiles, por ejemplo. Reconoció que las circunstancias estaban muy en contra de él y que era muy posible que su cuerpo terminara sin vida en la batalla. Pero, por otro lado, le recordó que él no podía retroceder, que él tenía que dar ejemplo de valor a todos los troyanos. Y ter-

minó con una frase triste, el temor de que su viuda acabara siendo esclava de la esposa de algún afortunado general griego y la señalaran con el dedo, como a quien tanto había caído en la vida.

Héctor es hombre afable, amante de la familia, del hogar. Si está en esta guerra es sólo porque el honor le obliga a ello, no porque guste de derramar sangre como otros soldados de uno y otro bando. Adora a su hijo; por cierto que el troyano describió una escena tan graciosa como triste. Cuando quiso tomarle en brazos para despedirse de él antes de entrar en combate, el niño se asustó del casco con las crines de caballo que ondeaban en lo alto y se refugió en los brazos de la nodriza. Todos rieron y entristecieron al mismo tiempo porque aquel terror ante el símbolo de la guerra y de la muerte, era como un triste presentimiento. Héctor se despojó del casco y le tomó en sus brazos besándole y meciéndole, ya con el niño calmado. Ojalá —rezó—, digan de él un día: Es mucho más valiente que su padre. Luego salió hacia el combate y todos lloraban al verle marchar.

Su cariño por Paris es muy grande, como de hermano mayor a menor, y aunque le grite a veces por su cobardía, evidentemente le adora. Basta que Paris le sonría pidiéndole perdón para que se olvide de su ira y le abrace. Igualmente cariñosa es su actitud con Helena. Cuando ésta, llena de remordimientos por lo ocurrido pide que la des-

precie si no quiere matarla, Héctor sonríe, la calma y le quita toda la culpa. El troyano me confirmó lo que ya imaginaba: que la admiración y respeto por Héctor sólo son comparables al desprecio y la antipatía que todos sienten por Paris. El cual, por otro lado, parece no preocuparse en absoluto de lo que está ocurriendo. Sale a guerrear como si fuera de caza...

—Y con la misma lejanía y falta de peligro —interrumpí yo.

—Así es. Sale a tirar más que a combatir. En su favor hay que destacar que es el mejor flechero de Troya, si no el mejor de los combatientes de ambos lados. Cuando se cansa, lo que puede ocurrir a veces a medio combate, vuelve limpio, impoluto, sin que se le haya movido de su sitio uno solo de los rizos. Entra canturreando en el palacio, se baña y llama a Helena. Ésta acude, le riñe y acaba cayendo en sus brazos, porque la verdad es que el muchacho es bello como un dios y Helena está enamoradísima de él, aunque se dé cuenta del desastre en que la ha metido.

La conversación con el troyano me animó más a presenciar la lucha que evidentemente se preparaba. Llamé al auriga, y en un momento enganchó los caballos al carro. Cruzamos velozmente por la puerta que había abierto Héctor con su esfuerzo —qué lejos parecía ya todo—, seguimos luego por el campo cuajado todavía de trozos de ruedas, restos de caballos y hombres destroza-

dos medio comidos por los perros. Eran troyanos —naturalmente—. Los cadáveres griegos habían sido recogidos cuidadosamente y quemados por sus camaradas de armas. Pasamos fácilmente el río, que ya se vadeaba fácilmente, y alcanzamos la formación griega situada en arco frente a la ciudad. En su quietud y silencio comprendí que ya eran testigos del acontecimiento que todos esperaban. Mi auriga intentó abrirse paso, pero las falanges compactas se negaron a pesar de mis súplicas y sus juramentos a permitírselo. Tuve que apearme y deslizarme por entre los combatientes hasta alcanzar un lugar desde donde podía ver la escena...

...que era realmente fantástica. Al fondo, las murallas de Troya cuajadas de hombres y mujeres en las almenas. Delante, un espacio que parecía inmenso, y en el centro, destacándose de la tierra ocre como dos gigantes, solos ante el mundo, separados por unos metros estaban Aquiles y Héctor. Parecían cansados y acezaban, mirándose en silencio.

—¿Qué ha pasado? —inquirí de los soldados que estaban junto a mí.

—Héctor ha huido al ver llegar a Aquiles, y éste le ha perseguido alrededor de la ciudad durante tres vueltas. Luego se ha parado para hacerle frente, pero el otro estaba también muy cansado. Ahora se decidirá todo.

—Ahora sabremos si volvemos a casa pronto —añadió otro.

—Ahora sabremos de qué parte están los poderosos dioses —susurró un tercero.

¡Otra vez los dioses!

De pronto empezaron a gritar los dos héroes. Y mis juicios sobre ambos se confirmaron. Héctor ofreció unas condiciones dignas para la lucha, que sabía mortal para uno de los dos. Noblemente prometió, en caso de victoria, entregar el cadáver enemigo a los aqueos para que le hicieran las honras fúnebres acostumbradas y pidió que se hiciera lo mismo en caso de que le fuera adversa la suerte.

Y Aquiles contestó igualmente como podía esperarse de él. Es decir, groseramente, sin ninguna categoría ni grandeza. Aseguró a Héctor, por el contrario, que si le mataba entregaría su cadáver a los perros para que lo devoraran, que jamás tendrían sus padres la última satisfacción de amortajar su cadáver.

Miré alrededor y noté que incluso entre sus más fervientes partidarios había causado mala impresión esa amenaza. Esta gente tiene en mucho la honra a los muertos, y la petición de Héctor les había parecido justa y lógica. Naturalmente, ninguno de ellos expresó su sentimiento en voz alta, pero estoy seguro de que, en el fondo, muchos se avergonzaron de su gran héroe.

Pero la reacción moral dejó paso a la expectación. El combate comenzaba, como de costumbre, con el arroje de lanzas, pero de

pronto noté una cosa asombrosa. Héctor tenía sólo una, y Aquiles, dos. Pregunté a mis informadores y me dijeron que hasta mi llegada había habido un porteador de armas al lado del troyano, y que había desaparecido.

Luego los hechos se precipitaron.

Aquiles arroja la lanza, y Héctor la esquiva. Héctor arroja la suya a su vez; hace blanco en el centro del escudo del griego y rebota en el suelo. Desde ese momento estaba decidida la partida. Aquiles seguía teniendo una lanza en la mano y Héctor sólo podía contar con su espada. La contienda no podía tener entonces más que un fin, porque no hay valor que pueda compensar la diferencia de tamaño que existe entre una pica de seis codos y un arma que sólo tiene dos. En su caso, cualquier combatiente hubiera considerado lógico y natural el emprender la huida. Pero Héctor se lanzó hacia delante, con el arma en la mano. Ha sido una de las más maravillosas muestras de valentía que haya presenciado en mi vida de observador de guerras. Las posibilidades que tenía eran nulas; no sólo tenía enfrente al más valiente y hábil de los guerreros griegos, tenía, además, que impedir que llegase a él la punta de una lanza de fuerte fresno coronada de una punta de bronce.

Sucedió lo que tenía que suceder. Héctor se lanzó hacia delante para acortar distancias y Aquiles no tuvo más que dirigir la

punta de su arma al espacio que la armadura del troyano dejaba libre, la de la juntura de cabeza y tronco. Por ese hueco entró la punta afilada; el mismo ímpetu del ataque le hizo atravesar la garganta y salir por la nuca.

Cayó Héctor. Y a mí me pareció que con él caía toda la ciudad amurallada, que se coronó de un grito doloroso. Como si toda su población lo hubiera lanzado a la vez. Extraña, respetuosamente, los griegos no respondieron a ese grito de dolor con el suyo típico de exultación por la victoria. Por el contrario, permanecieron callados. Y cuando se calmó el rumor que venía de Troya, se oyó de nuevo la voz ronca del héroe caído; hablaba entre resuellos. Cada vez que cobraba aliento surgía de su boca un chorro de sangre que caía sobre el polvo.

Así, entrecortadamente, volvió a pedir a Aquiles que entregase su cuerpo a los padres, que lloraban en la ciudad, a cambio de tesoros de oro y plata. Y Aquiles, en quien el rencor vive como en su casa, volvió a insultarle groseramente reiterándole que sería presa de los perros. Se lo repitió a gritos hasta que Héctor desmayó por última vez la hermosa cabeza y su boca se cerró para siempre.

Y para más humillarle, tras quitarle la armadura, el griego ató su cuerpo por los pies a su carro y emprendió una vuelta alrededor de la ciudad. Así todos pudieron ver y llorar a quien había sido el mejor de

sus príncipes, el más valiente y considerado de sus jefes, saltar sobre el polvo cuando las ruedas encontraban una aspereza del terreno. Los cabellos largos marcaban una estela finísima tras el gran surco que su atlético cuerpo dejaba en la tierra.

Después, todos los griegos volvieron al campamento que habían reconstruido junto al antiguo muro, porque Aquiles quería celebrar las fúnebres exequias de su amigo del alma ofreciéndole el cuerpo de Héctor como la ofrenda que más tenía que agradarle. Ordenó que se trajera leña del bosque, y fueron sus mirmidones, su tropa escogida, a cortarla. Viéndoles trabajar me acordé de una de las leyendas más simpáticas y humanas entre las que adornan su mitología. Cuando Hércules se dio cuenta de que iba a morir, porque la túnica de Neso le quemaba y no podía deshacerse de ella sin quitarse al mismo tiempo la piel y la carne, fue a un bosque, lo derribó entero y formó una pira gigantesca, donde se tendió para arder.

Aquiles no es tan noble como Hércules, me temo. Tras alzar la pira para su amigo Patroclo no se le ocurrió otra cosa que cortarse la cabellera y dejarla, entre suspiros, entre las manos de quien fue su amigo; no me extraña que la gente siga diciendo que había algo raro entre ellos. No es normal tanta desesperación por la muerte de un hombre. Y luego mostró de nuevo su crueldad; tras sacrificar a dos perros y varios

caballos a los pies del gigantesco altar, degolló a doce jóvenes de familia noble troyana, cuyos cadáveres arrojó al fuego para que hiciesen compañía a los restos de Patroclo. Debo confesar que todo ello me pareció de un sadismo innecesario y brutal, más propio de pueblos asiáticos como lo que cuentan de hititas y sirios que de nuestras civilizada Europa. Ningún militar de Tartessos llegaría jamás a tales extremos con la excusa de honrar a nadie.

(La explicación que me han dado de esos bárbaros ritos, no convence a un hombre de mis principios como no convencería, estoy seguro, a ninguno de mis lectores, pero, en fin, debo darla. La muerte de los jóvenes troyanos, más que un acto de venganza, obedece al deseo de formar una escolta que acompañe al héroe caído a la última morada del infierno. Por la misma razón, mueren en la pira sus perros y sus caballos, para que le sirvan en su último viaje; esto explica igualmente que se colocaran en las cercanías jarras de aceite y de miel; se trata, naturalmente, de provisiones para la larga jornada.)

Mientras tanto, el cadáver de Héctor seguía expuesto junto a la pira a merced de los perros, pero éstos no lo tocaron en toda la noche. Como el lector adivina seguramente, de este hecho también sacaron los homeritas —habrá que llamarles ya así porque son como una secta que cree todo lo que les dice el vate ciego— una deducción

divina. Que Venus los había espantado. Lo que impidió que se acercaran en toda la noche fue seguramente el fulgor de la hoguera y la muchedumbre de aqueos encabezados por Aquiles que lloraban alrededor de la pira.

Al día siguiente hubo carreras de carros... Sí, resulta un poco raro que un funeral termine con una fiesta parecida, pero la lógica griega quiere que esos ejercicios físicos sean también en honor del muerto. La lista de premios resultaba un poco curiosa. El primero era una muchacha «capaz de cocinar» y un trípode con asas, también para la cocina; el segundo era una yegua de seis años embarazada de mulo, y el tercero, una caldera, regalos tan dispares que estoy seguro de que muchos intentaron lograr directamente uno de ellos, sin preocuparse de qué graduación tenían.

La carrera ha sido entretenida. Hubo varios incidentes porque los carros tenían que revolverse en curvas muy cerradas y Antiloco presentó una protesta al juez, que era Aquiles, porque Eumelo le había hecho obstrucción, ilegalmente, con sus corceles. Aquiles, que estaba ya de un humor excelente —la venganza le había hecho feliz—, complació a todos con premios extra. Hubo luego pugilato, carreras a pie y lanzamiento de peso y tiro de flecha.

Tengo que añadir una nota que aunque no exime de culpa a Aquiles, al menos reduce su mala fama. Me acabo de enterar de

que tras diez días de insultar al cadáver de Héctor, ha concedido permiso a Príamo para que se lo llevara. En los momentos en que redacto esta nota, que añadiré como colofón a mi última crónica, se oyen los gritos de pena con que la ciudad acoge el cadáver de su hijo predilecto. Me dicen algunos testigos —siguen pasándose en masa los troyanos— que la más sentimental de las despedidas fue la de Andrómaca, su esposa, pero la más emocionante fue la de Helena, que le dijo adiós al «único amigo» que había tenido en Troya, donde todos la odiaban por ser la causante del desastre: «siempre —le dijo al muerto— contenías el enojo de quienes me acusaban».

Palabras definitorias de un corazón noble como fue el de Héctor, el hijo de Príamo.

CRÓNICA DECIMOSEXTA

Ahora que la suerte de las armas me ha permitido acercarme a Troya empiezo a comprender las dificultades que han tenido los griegos para tomar la ciudad. Las fortificaciones que la rodean son realmente importantes; los muros están compuestos de piedra sólida que coronan segmentos hechos de ladrillos. Están inclinados levemente hacia fuera para hacer más difícil el asalto, y su altura media es de unos cinco metros y medio, muy grande para que puedan coronarse con las mínimas escalas que estos

atacantes poseen. De vez en cuando emergen de la muralla unas torres de mayor altura, que al sobresalir permiten la vigilancia y el castigo lateral del asaltante.

Es evidente que las murallas fueron construidas a lo largo de muchos años y que nuevos reyes reforzaron y mejoraron las edificaciones anteriores. Por ello, en muchos casos, se nota que el ladrillo ha sido remplazado por la piedra. El lado sur es el mejor y más completo. Durante unos ciento veinte metros no se ven más que sólidos bloques sin apenas junturas donde pueda colocarse el pie de un asaltante.

Las puertas, como ya dije, son cuatro, más o menos mirando a los cuatro puntos cardinales. La que mira al Sur alberga, junto al umbral, un altar donde los sacerdotes de Troya celebran sus ceremonias pidiendo a los dioses su auxilio en la guerra que están llevando a cabo.

He preguntado a varios prisioneros la razón de esa extraña localización del altar. ¿No resulta peligrosa la vecindad de la puerta por donde pueden entrar en cualquier momento los enemigos? Los interrogados no han sabido contestarme a esta pregunta. Desde niños habían visto el templo en aquel lugar y les parecía natural; es posible que precisamente por tratarse de un lugar sagrado los troyanos hagan lo imposible por defenderlo de sus enemigos.

A pesar de las tremendas murallas, ninguno de los observadores que aquí estamos

hubiéramos concedido a Troya más de unos días de resistencia antes de rendirse, hasta tal punto parecía que se había hundido física y materialmente, con la muerte de Héctor. Y, sin embargo, no ha ocurrido así. La ciudad se defiende encarnizadamente, y los griegos, a pesar de tener al frente a un Aquiles poderoso y embriagado de victorias, no han conseguido destruirla ni hacer esclavos a todos los troyanos como tantas veces han anunciado que iban a hacer. Los griegos no se explican esa resistencia encarnizada de un pueblo que ha perdido a sus mejores hombres en el campo de batalla y que sufre hambre, ya que las provisiones escasean y les es difícil salir a los sitiados a buscarlas sin encontrarse con los vengativos aqueos. Pero ocurre algo curioso últimamente. El número de pasados ha decrecido, como si la ciudad tuviese esperanzas de que mejorasen las cosas de una forma u otra. El último de los que aquí ha llegado ha dicho, efectivamente, que en Troya circulan rumores de que pronto llegará auxilio de lejanas tierras, que terminará con el asedio. A la espera de más noticias envío esta crónica breve para dar señales de vida; la verdad es que, como muchos de mis compañeros, estaba ya preparando el viaje de vuelta convencido de que esto se habría terminado en uno o dos días. He vuelto a abrir los sacos de impedimenta; algo me dice que se preparan todavía acontecimientos memorables.

CRÓNICA DECIMOSÉPTIMA

Mis sospechas se han confirmado, como se han confirmado los rumores troyanos a que aludía. Algo inesperado ha ocurrido en el campo de batalla. Algo que no hubiera creído jamás de no verlo con mis propios ojos. El ejército auxiliar de Príamo ha llegado efectivamente. Se ha oído rumor de carros durante toda la noche, y los centinelas griegos intentaron vanamente descubrir quiénes eran y cuántos eran los guerreros que entraban en Troya por el lado opuesto de donde está el campamento griego. Néstor, Aquiles, Ulises se han reunido esta mañana temprano y han dado órdenes de desplegar el ejército en toda su fuerza para estar preparados contra cualquier sorpresa.

...Y ésta ha sido realmente grande. Apenas los griegos se habían distribuido en orden de combate, los infantes delante con sus picas para recibir a los carros contrarios y detenerlos en lo posible, con los carros detrás para el rápido contraataque y los flecheros en la retaguardia para disparar por encima de las propias fuerzas aqueas, se ha oído un rumor sordo y han aparecido centenares de jinetes en formación cerrada sin un solo carro; se ha oído un grito de guerra fuerte, agudo y prolongado como un toque de clarín, y la oleada de caballos se extendió en amplio galope por la llanura

contra la masa griega. De pronto, una nube de flechas cayó sobre los aqueos, hiriendo a muchos; esto pareció impresionar a los hombres de Aquiles, dado que un jinete no dispara con tanta precisión desde un caballo a la carrera. Pero esto no era nada comparado con lo que vino después; a medida que el galope les acercaba a nosotros, la vista registraba unas extrañas formas, una cabellera distinta, un movimiento desusado bajo la flotante y corta túnica. Y, de pronto, un grito de alarma y asombro se ha extendido por todas las filas aqueas.

—¡Las Amazonas!

Comprendo que el lector haga en este momento de la lectura un gesto de escepticismo. Yo mismo lo he hecho varias veces al oír hablar en el campamento de esos seres míticos que viven en el Termodón, en el Iris, en el Ponto... De esos pueblos cuya figura principal es la mujer, que matan a sus hijos varones al nacer y preparan a las hembras para la guerra desde que son niñas. Siempre había creído que se trataba de un fruto más de esa gran imaginación helénica.

Y, sin embargo, allí las tenía ante mis ojos, un poco asustados como los de los demás componentes del campamento griego. Galopaban vertiginosamente, las fuertes piernas al aire, el arco, que acaban de usar, a la espalda con el carcaj y el escudo pequeño colgado a un costado; conducían el caballo sólo con las piernas y enarbola-

ban un hacha de doble filo que, mientras las contemplábamos fascinados, empezó a caer con ruido sordo sobre las cabezas de los aqueos, que quedaron a su merced.

La primera carga, ayudada por el asombro que había causado su presencia, fue mortífera. El amplio surco que abrieron sus caballos quedó sembrado de cadáveres; al llegar al final de la llanura y ante el río, todos los caballos, como maravillosamente entrenados para tal fin, describieron un gran semicírculo y cargaron en dirección opuesta para volver a encontrar falange tras falange de aqueos. Alguno de ellos, situado en las últimas filas, apenas pudo desviar el golpe que de frente le venía cuando tuvo que defenderse del que le llegaba por la espalda.

Sólo entonces salieron los jefes de su torpor. Aquiles lanzó un horrísono grito y empezó a golpear de plano a los soldados que se habían refugiado junto a él como para que les protegiera.

—Argivos cobardes —les gritaba—. ¡No tuvisteis miedo a los teucros domadores de caballos y lo vais a tener a un conjunto de mujeres!

Mientras tanto, Ulises, Ayante y Néstor se apresuraban a poner orden en las tropas y a que cerrasen sus filas. Por ello la tercera carga fue mucho menos efectiva que las primeras. Cuando la iniciaron desde Troya, a donde les había llevado su galope, el ejército aqueo ya estaba preparado para combatirlas. Cada una de las amazonas se vio rodeada de picas y las lanzas se enderezaron contra ellas al mismo tiempo que llovían las flechas lanzadas desde lejos.

Tuve la suerte de contemplar algunos de los combates individuales desde muy cerca. Era fascinante ver la cara de una mujer que hemos asociado siempre con el amor y la dulzura convertida en una furia; la melena desbordante por ambos lados, una mueca crispada en su boca y los ojos llenos de ira levantaba con las dos manos el hacha y la dejaba caer en el griego más cercano, mientras el caballo coceaba ayudándola a librarse de los enemigos que la rodeaban. Cada vez que levantaba el brazo, mostraba un seno erguido, fuerte, el símbolo del amor conyugal y del amor maternal que, en ese momento, era sólo un desafío al mundo y a los hombres. Me habían dicho que las amazonas se amputaban un pecho, el izquierdo, para disparar mejor el arco, pero ninguna de las que evolucionaron al alcance de mi vista mostraba tal pérdida. La mayoría de ellas los tenían pequeños y atléticos, pero no faltaban tampoco las de amplio soporte y gran pezón que se bamboleaban con el iracundo movimiento del torso de su dueña. En alguna ocasión, el griego de turno lo siguió con la mirada, sintiéndose más hombre que guerrero; cara pagó su curiosidad lúbrica, porque la amazona aprovechó esa distracción para henderle la cabeza hasta el arranque de la espalda.

Vi a muchos griegos saltar sobre el caba-

llo por la grupa y arrastrar al suelo a la amazona. Medio desnudos ambos, revolcándose por el polvo, unas veces él encima y otras debajo, no se sabía si se estaba viendo la unión del amor cuando las parejas se estrujan, se enlazan y voltean llevadas del ímpetu de la pasión. Incluso las voces entrecortadas por el esfuerzo sonaban como esos lamentos que el goce provoca en los seres humanos; y cuando uno se levantaba dejando al otro tendido y jadeante, parecía también el final del conocido acto carnal. Pero luego, en la figura yacente aparecía la hendidura sangrienta en el costado o en la garganta y entonces se descubría que no se trataba del juego del amor, sino del de la muerte.

Poco a poco, ésta se fue extendiendo entre las aguerridas enemigas; Ulises había dado la orden de encuadrarlas entre los carros; los aqueos obedecieron, y así, poco a poco, cada una de las valientes caballistas se encontró limitada por unos obstáculos de bronce que le impedían la maniobra, mientras les atacaban desde su altura los guerreros con sus flechas y los de a pie con sus lanzas. Por la extensa llanura fueron formándose así como pequeñas islas con un ser a caballo, defendiéndose, cada vez más débilmente, de un ataque cerrado e inexorable de carros e infantes. Hasta que, de pronto, desaparecía la figura central y el núcleo se desplazaba rápidamente en busca de una nueva presa.

Oí gritos hacia mi derecha y vi un combate singular. Sí; era Aquiles... Por vez primera en su vida, el gran héroe griego, luchaba de poder a poder con una mujer. Pero, ¡qué mujer! Aplomada sobre los estribos de su caballo, en el momento en que me acerqué dejaba caer su hacha sobre Aquiles; éste dio un salto de lado. La amazona revolvió su corcel y antes de que se pueda decir estaba de nuevo sobre él; esta vez el hacha resonó fuertemente sobre el escudo levantado, y Aquiles cayó de rodillas tras aguantar el impacto. De haber estado la amazona en pie hubiera podido aprovechar ese momento de debilidad, pero el esfuerzo del caballo le había arrastrado unos metros. Cuando consiguió hacerle revolver, Aquiles seguía de rodillas, mas esta vez su acción era premeditada. Segura de que sólo le faltaba propinar el golpe mortal, la amazona levantó de nuevo la poderosa arma por encima de su cabeza. Saltaron al aire los robustos senos..., y por entre ellos, como una exhalación, clavóse la lanza que Aquiles había mantenido en su mano derecha mientras permanecía agachado.

El golpe fue tan inesperado que, por unos segundos, mantuvo a la mujer entre la vida y la muerte. Los brazos siguieron en el aire sujetando el hacha, el cuerpo rígido. Luego, lentamente, se fue desmadejando, cayó la cabeza sobre el pecho y ella se desplomó sobre el suelo mientras el caballo retrocedía espantado.

Aquiles se incorporó y colocó la punta de la espada sobre la garganta desnuda, pero se detuvo a tiempo; su enemiga estaba muerta. Acudieron todos los aqueos a contemplarla en silencio. La mujer había caído boca arriba y el rictus de rabia de unos momentos antes se había transformado en una expresión dulce y reposada; tenía las facciones perfectas, el busto alto, las piernas largas y bien formadas...

De pronto, se oyeron unos gritos angustiosos. Varios de los aqueos que se habían acercado al cadáver llevaban, sujetas con correas, a unas amazonas hechas prisioneras. Y dos de ellas se desasieron y se arrodillaron, llorando, junto al cuerpo tendido.

—¡Reina! ¡Nuestra reina!

Aquiles las interrogó. Sí, era Pentesilea, su jefe, la más valiente y la más bella de las amazonas, muerta lejos de su patria.

Aquiles hizo un gesto para que le dejaran solo. Nos alejamos todos en un silencio, sólo interrumpido por los gritos de las esclavas que querían quedarse junto a su señora. Desde una cierta distancia me volví a mirar al héroe. Estaba inmóvil de pie, apoyado en la larga pica, los ojos fijos en el cuerpo tendido. Hizo un gesto como si saliera de un sueño y se miró las manos; bajaba la sangre de la punta de la lanza hasta sus dedos. Los frotó unos con los otros y arrojó lejos el asta. Luego, lentamente, se arrodilló y puso sus labios sobre los de la muerta. Estuvo así un largo rato. Después

se levantó y se alejó despacio, la cabeza baja. Pensé que era la primera vez en que el rencoroso, el cruel Aquiles no se alegraba de haber dado muerte a alguien.

CRÓNICA DECIMOCTAVA

La ayuda de las amazonas fracasó; ha fracasado también la llegada de otro aliado que procedía de tierras aún más lejanas. Por vez primera sobre estas tierras asiáticas se han visto rostros negros que aullaban al lanzarse al combate. Efectivamente, Príamo ha llamado en su auxilio a Memnón, que acudió con sus etíopes; tras la primera sorpresa y desconcierto ante su ataque, los griegos han reaccionado una vez más de acuerdo con su organización y su veteranía guerrera. Centenares de cuerpos de color oscuro yacen mirando a un sol muy distinto del que dejaron en la lejana tierra africana.

Por cierto, en los círculos griegos ha sido severamente criticado este intento de traer gente salvaje y tan distinta a luchar en defensa de la ciudad. Al fin y al cabo —se dice—, griegos y troyanos son de civilización parecida, pero esos bárbaros de color diferente...

A pesar de todo, la ciudad no se rinde. Evidentemente, sus moradores no intentan tampoco obligar a embarcar a los argivos, que siguen siendo dueños del campo, testigo de tantas batallas, pero sus muros si-

guen burlando las esperanzas de los griegos de terminar victoriosamente una guerra que se está convirtiendo en la más larga y más sanguinaria de la Historia. Me atrevería a decir que no habrá nunca nada parecido, en coste de sangre y dinero, en los siglos futuros.

Los troyanos no salen de sus puertas, y los griegos no pueden entrar por ellas. La verdad es que éste es un ejército esencialmente de maniobra, poco acostumbrado al asedio de una gran ciudad. Para empezar, le falta material apto para ello. No tiene catapultas que puedan arrojar gruesas piedras, ni arietes para derribar puertas, ni castilletes para colocar a sus soldados por encima de las murallas. Ulises ha intentado en vano hacerlos construir, pero no lo ha conseguido nunca; este ejército no gusta de esta clase de trabajo; por otra parte podían haber cercado la ciudad y rendirla por hambre, pero esto requeriría también un espíritu distinto; al soldado griego no le van las largas velas de centinelas para evitar el contrabando de armas o comida. Son guerreros que gustan de combatir duramente y luego regresar a sus campamentos a celebrar sus victorias con grandes comidas y bebidas, mientras recuerdan las gestas del día con la exageración típica del soldado de todas las épocas y países. Mantenerse horas y horas en un puesto de guardia les parece tan aburrido como poco digno de un militar.

Es cierto que los troyanos, con Héctor a la cabeza y con material parecido, asaltaron la muralla griega que defendía las naves, pero las circunstancias eran muy distintas. Aquélla era una construcción provisional, hecha a toda prisa, mientras que las piedras que protegen a Troya tienen mucho mayor espesor y altura. Ningún griego podría destrozar las puertas Esceas como hizo Héctor con la que cerraba la pared griega, hasta tal punto son grandes y sólidas.

Y así la ciudad vencida ya oficialmente, Troya, que ha perdido a sus mejores hombres y soportes, sigue desafiando con su mera presencia a las victoriosas tropas de Agamenón.

Todo ello hace que la guerra haya tomado un carácter distinto. Al entusiasmo de ambas partes ha sucedido un ambiente que podríamos llamar de testarudez. Los griegos tienen que tomar Troya, porque ya no pueden regresar a sus casas después de tener la victoria al alcance de la mano, pero aquel entusiasmo de que fui testigo en los primeros días, se ha convertido en un deber que hay que llevar a cabo. Ese ambiente parece reflejarse en el mismo Aquiles; la jactancia que formaba parte de su personalidad ha dado paso a una melancolía creciente. Se le ve a menudo solo. Su antiguo «yo» despierta sólo cuando se lanza al combate en las pocas veces en que los troyanos se aventuran a salir para escaramuzar, pero lo hace como una obligación que cumplir

más que con alegría vital. Incluso varias veces, tras matar al enemigo, se ha desinteresado de él y ni siquiera ha procedido a quitarle la armadura como solía.

Hay quien dice que Aquiles no es el mismo desde la lucha con la reina de las Amazonas. Por el campamento circula, a propósito de ello, un extraño rumor; que Tersites se mofó de ese amor póstumo y que Aquiles, en un arrebato de rabia, le dio muerte. He intentado comprobarlo, pero me he encontrado con una muralla de silencio; ni los más habitualmente habladores han querido ilustrarme sobre este punto. Al parecer, les molesta el hecho de que, por vez primera, un griego haya matado a otro griego. Lo cierto es que Tersites ha desaparecido y que el mismo Aquiles estuvo ausente del campamento durante largo tiempo acompañado de Ulises. Los «homeritas» juran que éste se lo llevó a una isla para purificarle del homicidio cometido con un amigo y aliado. Conociendo a Ulises, me parece más lógico pensar que le hizo desaparecer una temporada para que se calmaran los ánimos, mientras sus hombres de confianza procedían a convencer a los familiares y soldados del muerto con regalos. Porque entre los griegos, todo, incluso los crímenes, puede arreglarse con dinero.

(La verdad es que he conocido pocos pueblos que tengan tanto amor a los bienes materiales. Ya he contado a mis lectores que apenas termina el combate ya están desnu-

dando al muerto para quedarse con su armadura, que luego lucirán o venderán, hasta tal punto les obsesiona la ganancia. Pero hay más: según ellos, el dinero hace falta incluso después de haber pasado la última puerta cuando el alma ha dejado ya el cuerpo exánime. En ese momento en que, según todas las religiones —la nuestra la primera—, los bienes materiales han dejado de existir para siempre, los helenos siguen creyendo en su eficacia. Según ellos, en cuanto el cadáver se cubre de tierra, las almas son trasladadas al otro lado de la laguna Estigia por un barquero que se llama Caronte y que, naturalmente, siendo griego, cobra por ese trabajo. Un óbolo o moneda colocada para ese menester bajo la lengua del muerto, es lo que percibe el tal Caronte, y, al parecer, el que no tiene ese dinero, es decir, aquel a quien sus familiares se han olvidado de ponérselo en la boca, se queda en tierra de nadie, ni totalmente vivo ni totalmente muerto.

Y llevando dos óbolos, ¿se puede emprender viaje de ida y vuelta? Esta pregunta, que he hecho con aire falsamente ingenuo, ha provocado una respuesta corta y sucinta. No. Caronte no puede llevar a nadie de regreso. Y si alguno quisiera hacerlo a nado encontraría en la puerta del infierno a Cerbero, un perro con tres cabezas y, por tanto, triplemente peligroso para el insensato que intentara lo imposible.

Por lo demás, me han asegurado que ese

riesgo apenas existe, ya que los condenados beben en el Leteo o río del olvido, tras de lo cual no recuerdan ni, naturalmente, echan de menos nada de lo que les ocurriera o apeteciera en otra época.

Cómoda idea la de ese río para tantas ocasiones de la vida...)

Sea como sea, y volviendo a lo que nos interesa, Aquiles no es el mismo. Parece que ha perdido la confianza en sí mismo y en su destino.

CRÓNICA DECIMONOVENA

Es curioso que en la crónica anterior mencionara, al mismo tiempo que la tristeza de Aquiles, las puertas Esceas de Troya, creo que por vez primera en esta corresponsalía...

Y digo que es curiosa la asociación de un nombre y de un lugar, porque hoy precisamente, al mediodía, junto a las puertas Esceas ha caído muerto el héroe entre los héroes, el mejor general que hayan tenido los griegos: el gran Aquiles.

Sí; lo que parecía imposible ha ocurrido. el matador ha muerto; el que tantos troyanos derribó, ha sido víctima de uno de ellos. Estoy seguro de que mis lectores sienten la curiosidad de saber quién ha sido el superhombre capaz de terminar con la vida del mejor guerrero entre los argivos. Diré su nombre, pero sin entusiasmo ni admiración

de ningún género. Se trata de alguien por quien he sentido, desde el primer momento, una mezcla de odio y de desprecio; de alguien que ha cruzado hasta ahora el drama de sangre y barro de esta contienda con un aire de frivolidad y despreocupación absolutamente indignante, teniendo en cuenta que ha sido el causante de ella.

El lector habrá comprendido ya que estoy hablando de Paris. Paris el afortunado, nunca mejor dicho. Pero el lector se preguntará..., ¿se ha atrevido Paris a afrontar cara a cara al gran Aquiles?

Ello era imposible. No. Paris ha matado a Aquiles desde lejos utilizando su arma favorita, el arma que le permite cumplir con su papel de luchador sin ensuciarse, sin sudar, sin mezclarse con la turbamulta de guerreros, esa masa a la que desdeña aristocráticamente. Esta arma es el arco, y hay que reconocer que lo maneja con increíble pericia. Con la misma frialdad con que ve morir a hermanos y compañeros —cuentan que apenas lloró cuando cayera Héctor, que valía cien veces más que él en todos los sentidos—, con la misma serenidad de que ha hecho gala toda su vida, tensó la cuerda y siguió durante unos minutos, con ojo atento, las evoluciones de Aquiles, que tomaba parte en una pequeña refriega, provocada por unos troyanos que habían salido a la descubierta. Aquiles, como siempre, estaba cubierto de todas sus armas: el casco le protegía la cabeza; la coraza, el torso; con el

escudo detenía las armas arrojadizas que le llegaban por todos lados. Al tirador lejano no le quedaba más que un espacio vulnerable; las piernas, por encima o debajo de las grebas relucientes. Y allí se dirigió la rápida, aguda flecha; sus plumas la mantuvieron en el camino marcado por Paris y la punta de bronce entró por la pantorrilla, la atravesó y salió por el talón del pie. Los testigos del caso cuentan que Aquiles miró, más asombrado que dolido, la profunda herida; jamás había sido alcanzado por proyectil alguno. Luego fue encogiéndose de dolor y doblándose sobre sí mismo hasta caer en el polvo. Sus mirmidones se apresuraron a cubrirle con sus escudos; le acomodaron en el carro y, corriendo velozmente hasta su tienda, llamaron a Macaón, el mejor de los físicos del campamento griego. Pero cuando llegó con sus pócimas y hierbas calmantes del dolor, era ya tarde. Aquiles había exhalado el último suspiro.

Un gran pesar ha caído sobre el campamento, mientras en Troya se alzan alegres vítores al gran Paris. Parece que hayan olvidado los males que trajo a la ciudad, y sólo aplauden al matador de Aquiles.

He hablado con varios griegos sobre la muerte de Aquiles, imaginando que los «homeritas» verían, en la caída de su héroe, un gesto más de lo alto.

Con el intento, fallido como de costumbre, de hacerles ver la realidad de las cosas, les he preguntado cómo siendo Aquiles un

semidiós podía haber caído de forma tan tonta de un solo pinchazo en la pierna. Me han acusado, indignados, de ignorancia. Aquiles era, efectivamente, un semidiós a quien su madre Tetis había hecho invulnerable sumergiéndole en el río sagrado, pero, como tenía que sujetarle por el tobillo para que no se ahogara, esa parte no se mojó y por ello era el único sitio por donde podía ser herido Aquiles. Les expuse mi asombro de que un semidiós pudiera ahogarse tan fácilmente.

—Muy bien —me dijo uno de ellos pasando a la contraofensiva—, según tú sólo existen en el mundo cosas naturales y nunca ocurre nada porque lo quieran los dioses. Entonces, dinos, ¿te parece natural que un hombre robusto y sano como Aquiles haya muerto por una simple herida en un pie?

La verdad es que quedé algo confuso porque esta pregunta me la había hecho a mí mismo desde que supe de la desgracia aquea. La única explicación que puedo encontrar —siempre en este mundo mortal y sin intervenciones extrañas— es que la punta de la saeta estuviera envenenada. Y conociendo a Paris, es muy posible que mi sospecha sea cierta. El que hasta ahora no se haya utilizado este sistema en la guerra no quiere decir que no pueda empezar alguna vez. Por otra parte, las armas mortíferas las emplean siempre los que se ven dominados por armas convencionales; en el caso de la desesperada Troya, es posible que

sus guerreros hayan pensado que todos los medios son lícitos.

La muerte de Aquiles ha sido para Troya como una áncora de salvación para el navío arrastrado por la tormenta. Con ella ha visto, hasta cierto punto, equilibrada la suerte adversa que, hasta este momento, parecía perseguir a los teucros y que había culminado en la desaparición de Héctor. Por ello su resistencia encuentra nuevos motivos para seguir.

...¿por cuánto tiempo? No lo sabe nadie, pero puede ser largo; mientras permanezcan al abrigo de sus muros, los griegos no tienen muchas oportunidades de vencerles. Por otro lado, las fuerzas troyanas tampoco son capaces de obligar a reembarcar a sus enemigos. Total, un equilibrio que puede ser tan extenso en lo temporal como poco interesante; dado que apenas existen combates individuales; dado además que los mejores luchadores de ambos bandos o han desaparecido o no se afrontan en el campo de batalla, la tarea del corresponsal resulta tan monótona para él como aburrida para el lector. He decidido, pues, y contando con el permiso que mis superiores me concedieron al enviarme a esta guerra, de decidir por mí mismo el momento, terminar mi misión y regresar a casa.

He ido a ver a Ulises para comunicarle mi decisión. Estoy contento de ver cuánto

han progresado nuestras relaciones desde que me presenté a él por vez primera. Ahora ya no siente la necesidad de interpretar frente a mí. No finge ya, como acostumbra, el aire lejano y un poco idiota con que desconcierta a la gente cuando le conoce. Me ha recibido con afectuosos saludos, me ha hecho sentar y me ha escuchado con toda atención, mientras yo le explicaba las razones que me movían a dar fin a mi trabajo en Troya y a preparar la vuelta. Parecía estar de acuerdo tanto en la resolución como en los motivos que me habían llevado a ella. Pero, de pronto —nunca dejará de asombrarme—, me ha dicho:

«No te vayas todavía. Vamos a hacer algo distinto, algo que no habíamos intentado hasta ahora. Si tiene éxito, acabaremos la guerra tomando la ciudad. Si no, los supervivientes volverán a sus casas y la guerra habrá terminado de todas maneras.»

Naturalmente, mi curiosidad periodística me ha impulsado a quedarme. Y al día siguiente Ulises me ha contado la increíble idea. Van a construir un caballo de madera gigante; el caballo estará hueco, y en su interior habrá sitio para unos cuantos guerreros bien armados, todos voluntarios para una misión difícil y peligrosa. Cuando estén aposentados con víveres y agua para varios días, los griegos fingirán levantar el campo. La flota entera saldrá con las velas desplegadas y se dirigirá a alta mar, abandonando tiendas y el caballo. Ulises espera

que los troyanos, alborozados ante la retirada, acogerán al monstruo de madera como una divinidad griega abandonada —eso les dirá un falso desertor, Sinón— y lo entrarán en la ciudad como prueba de su triunfo... Por la noche, cuando los troyanos duerman el vino de su celebración, los griegos saldrán del vientre del caballo y abrirán una de las puertas de Troya. La flota, que, al amparo de la oscuridad, habrá regresado silenciosamente a la playa, acudirá a la señal que les hagan y las tropas entrarán por el camino abierto por ese puñado de hombres.

La idea, tengo que confesarlo, me parece absolutamente absurda y sin ninguna posibilidad de éxito. He intentado explicarle a Ulises que sus enemigos no caerían en una trampa tan burda. Lo más fácil es que procedieran, como primera providencia, a quemar el caballo con todos los argivos dentro, pero, aun suponiendo que eso no sucediera, tampoco podría darse la sorpresa que preparan. En primer lugar, el caballo será examinado y estudiado; hombres, mujeres y niños subirán en él y lo explorarán por todos lados. ¿Cómo no va a haber quien descubra por el ruido que está hueco? Y una vez sabido esto, ¿cómo no se le va a ocurrir a alguien inspeccionar su interior? Además, durante días y días estará rodeado de los troyanos, que no se cansarán de acudir y mostrarlo a sus familias. La posibilidad de que unos hombres escondidos tengan un

momento libre en que salir y abrirse paso hasta una de las puertas me parece mínima.

Ulises me ha dejado hablar sin interrumpirme. Luego me ha dicho que tenía prevista esa eventualidad y que sabía que no saldría con vida en caso de que fallase, porque él es quien va a dirigir la operación que yo no vacilo en llamar suicida. El explicármela, me dijo, no era para oír mis consejos tratando de disuadirle, porque eran en vano. Estaba decidido a probar la última posibilidad de triunfar en la guerra. Ya que era imposible tomar a la ciudad desde fuera había que intentar tomarla desde dentro. «¿Quién sabe —me dijo riendo— si esa fórmula quedará como ejemplo para la estrategia del futuro? ¿Quién sabe si las generaciones venideras hablarán de la técnica del caballo de Troya?»

¡Hoy falta imaginación! De todas maneras, me quedo para ser testigo de esa última baza.

CRÓNICA VIGÉSIMA

¡Victoria!

Los acontecimientos han ocurrido exactamente como Ulises predijera. Se construyó el caballo y se refugiaron dentro los héroes que iban a jugar su última carta. Los demás levantaron el campamento, quemando todo lo que no podían llevar; veíamos a los troyanos coronando las murallas y sin dar

crédito a sus ojos. ¿Sería cierto que terminaba su pesadilla? No parecían estar muy seguros de su buena suerte, porque no se oían gritos de victoria. Los griegos lo hicieron con habilidad suma; al destruir lo que no podía embarcarse, actuaban como el ejército que ha abandonado para siempre una empresa y no deja fundación para rehacerla. Subimos luego todos a las naves, y éstas se hicieron a la mar; cuando nos alejábamos, pude ver a los troyanos salir de su ciudad, primero con precauciones, después en grupos cada vez más numerosos; poco a poco, a medida que la gran flota se iba alejando de la costa, se atrevían a acercarse a la playa. Pronto una inmensa multitud rodeó el caballo de madera, al principio con cierta desconfianza; luego, más de cerca. Aunque nos íbamos separando rápidamente, pude ver cuándo, en un cierto momento, la masa se retiró y el caballo quedó guardado por un círculo de soldados. Evidentemente, el mando troyano quería estar seguro de qué era aquello antes de permitir a sus ciudadanos el acercarse demasiado. Empecé a temer por la suerte de los que allí habían quedado encerrados...

Al quedar fuera de la vista de los enemigos, la flota que navegaba hasta entonces con gran movimiento de remos, cesó en su fingida huida; permanecimos al pairo hasta anochecer y luego nos dirigimos a Tenedos. Cuando se hizo de noche, la inmensa escuadra emprendió la vuelta a Troya. Era

el mismo camino de diez años antes, pero las circunstancias eran muy distintas. La primera vez se había llegado con fanfarria y banderas desplegadas, con la seguridad de una fácil victoria. Esta vez los aqueos se acercaban protegidos por la oscuridad porque la victoria, de conseguirse, tenía que ser debida a la habilidad y a la astucia de unos pocos hombres. Como centenares de sombras —estaba prohibido, bajo pena de muerte, cualquier rumor y cualquier luz—, las naves se fueron acercando a la playa sin llegar a tocarla. Como una bandada de cuervos esperaban el momento en que iba a decidirse la suerte de la guerra: el momento de caer sobre la ciudad o el de dispersarse para siempre por los mares de la Hélade.

En los barcos apenas se respiraba. Todos los ojos estaban fijos en la ciudad que, como contraste, estaba esplendente de luces y gritos. Los troyanos estaban celebrando su victoria. Se veía el resplandor de mil fogatas y se oían los cantos triunfales.

Así esperaron los griegos durante horas y horas, oyendo a sus enemigos de tantos años gozar de su alegría mientras ellos se angustiaban. Hasta que, poco a poco, el rumor de la ciudad fue disminuyendo como fueron disminuyendo los fuegos. De vez en cuando surgía una nueva llamarada que provocaba un nuevo cántico e incluso arrastrado por el silencio de la noche, llegaba a nuestros oídos el eco de unas carcajadas. Pero estas explosiones de fuego, de luz y de

ruido fueron haciéndose cada vez más esporádicas, cada vez más distanciadas unas de otras. Y el silencio y la oscuridad cayeron sobre la ciudad. Ya estábamos en igualdad de condiciones. Los troyanos, en sus casas; los griegos, al acecho, fuera. Pero los troyanos dormían sobre el lecho de la seguridad, y los griegos velaban, acuciados por el odio.

Pasó todavía una hora. Néstor, Menelao, Agamenón, reunidos en la nave del primero, muy cerca de la mía, cuchicheaban nerviosos. Y, de pronto, un murmullo incapaz de contenerse, pasó de remero a remero y de barco a barco. En lo alto de la muralla había aparecido una luz que se agitaba de lado a lado. Era la antorcha de Sinón; era la señal convenida. ¡Los hombres de Ulises habían abierto las puertas!

A la voz de mando, los barcos se precipitaron a la arena, chocando unos con otros; de todos surgió la muchedumbre de hombres, caballos y carros y la inmensa multitud se lanzó hacia la codiciada presa que, por vez primera, había mostrado su punto débil. Busqué afanosamente a mi auriga, sin encontrarle. Menelao dijo que me dejaran sitio en uno de sus carros y todos nos precipitamos hacia Troya.

...Efectivamente, las puertas Esceas, las fuertes, las temidas puertas troyanas, estaban abiertas de par en par y a ambos lados las guardaban, en vez de los duros soldados teucros, los hombres de Ulises, que movían sus espadas para que sus compañeros se dieran prisa. Cadáveres de centinelas yacían a ambos lados del umbral; habían sido las primeras víctimas de la tremenda sorpresa.

Entramos en tropel por las calles troyanas. A mi lado encontré a Ulises exultante: «¿No te lo dije? Salimos del caballo a medianoche, vinimos directamente a las puertas Esceas, luego a las otras. Los troyanos duermen lo que será su último sueño; han bebido, comido, yacen con sus mujeres. No saben que será la última noche en que puedan hacerlo en su vida. ¡Vamos! ¡Vamos!»

Sobrevino luego un espectáculo alucinante. Nunca había visto a una masa de soldados entrar a saco en una ciudad. Tampoco querría volver a verlo. Ha sido espantoso. Los griegos han entrado en las casas gritando, matando, destrozando. Los pocos troyanos que han despertado a tiempo para tomar las armas no han tenido tiempo de usarlas; sus cadáveres se amontonan en las calles, y las mujeres que quieren acercarse a abrazar a sus antiguos maridos y amantes son arrastradas por los victoriosos soldados a los rincones oscuros, donde son violadas y, a veces, muertas también. He vagado por las calles sin saber dónde detenerme, atraído y aterrado al mismo tiempo por lo que veía. Alguno de los griegos me ha reconocido, y por un momento he temido que quisieran cerrar la boca para siempre a un testigo de sus actos vandálicos, pero no ha sido así. Por el contrario, me han

gritado: «¡Eh, extranjero, ya puedes contar al mundo cómo tratan los griegos a sus enemigos!»

Lo contaré, sí, pero no creo que sea bueno para su fama.

De pronto he visto pasar a Neptolemo corriendo como un insensato y seguido por una cohorte de soldados. Iban al Palacio Real —me ha dicho uno de ellos—, y naturalmente les he seguido. El palacio domina la ciudad y tiene cuatro terrazas que descienden en nivel y a cuyo alrededor hay otros edificios donde, según parece, vivían los hijos del desdichado rey.

...Del que fue desdichado rey. Neptolemo, como un can de caza, iba preguntando a los aterrados esclavos, que temblando de miedo le indicaban la dirección antes de caer víctimas de la espada del griego o de cualquiera de sus seguidores. Y de pronto se ha detenido y con él todo el cortejo. Estábamos en el atrio sagrado. Y bajo la estatua de Júpiter, el rey Príamo, erguido y solemne, permanecía esperando que se cumpliera su destino. A su lado me señalaron a Andrómaca y a su hijo.

Imponía su presencia, imponía también el recuerdo de los hijos que le han muerto, empezando por el noble Héctor, imponía, sobre todo, para quien tanto presume de creer en los dioses, el lugar donde se había refugiado bajo la protección del más grande de ellos. Pero Neptolemo no ha vacilado más que un momento; su espada ha atravesado al desdichado Príamo, que ha caído sin un gemido. Y con crimen más atroz todavía ha arrancado de los brazos de Andrómaca al hijo de Héctor y le ha matado también entre los desgarradores gritos de la madre. Desde el otro mundo, el alma del héroe debió de sufrir lo indecible ante este asesinato. Él, estoy seguro, no hubiese hecho jamás nada parecido de haberse vuelto las tornas.

Así iban cobrándose los griegos la ira y frustración de tantos años. En ese ajuste de cuentas faltaba el más importante, y éste se realizó poco después; los clamores de la multitud me llevaron a la casa de Paris. Aun después de pasar los aqueos por ella se veía la elegancia con que había vivido ese príncipe. Un pórtico, los salones de recibo y, al fondo, los dormitorios; camino que yo he recorrido lentamente viendo a ambos lados las huellas del paso de una muchedumbre enfurecida; los jarrones en mil pedazos, las figuras yacentes, sin vida, de los criados; unos minutos antes, el ser ofendido por excelencia, el marido cuyo engaño es ya conocido por toda la historia de la Humanidad, el rey Menelao, entró con su hueste y partió puerta tras puerta a su paso, hasta que se le enfrentó, saliendo de su dormitorio más asombrado que asustado, su enemigo mortal, el hombre que más odiaba en el mundo y que tantas veces había rehuido su lanza en el campo de batalla. Paris salió tambaleándose de sueño y bebida

y apenas tuvo tiempo de saber quién estaba frente a él antes de caer muerto.

Entonces, me contaron los que lo presenciaron, Menelao pronunció a gritos el nombre de su esposa traidora, la pérfida Helena, la que abandonara su lecho conyugal convirtiéndole en una figura ridícula ante todo el mundo civilizado. Llamaba a Helena y blandía su espada; tras Paris, gritaba, sería ella, la prostituta, la que probaría su filo.

...Y de pronto apareció Helena en el umbral del dormitorio de donde había salido Paris. Llevaba una túnica transparente, el pelo maravillosamente peinado y adornado, las sandalias mostrando sus pies perfectos. No miró siquiera el cuerpo sangrante de quien había sido su amor durante años; se acercó lentamente a Menelao —las piernas bien formadas aparecían y desaparecían sabiamente por el corte de la túnica a cada paso—. Cuando estuvo frente a él, espumante de rabia, con las facciones contraídas de ira, se levantó un poco sobre la punta de los pies y le besó en la boca.

Y entonces, ante el asombro de todos, la espada sangrante hasta entonces levantada fue bajando lentamente y se desprendió, cayendo con un ruido metálico sobre el pavimento de mármol, mientras los brazos de Menelao se juntaban alrededor de la cintura de la que había sido y de la que volvía a ser su esposa. El beso duró largo rato; luego, suave, amorosamente, la cogió de la

cintura y se dirigieron hacia la puerta, la cabeza de ella reclinada en su hombro y él con los labios rozándole el pelo.

Cuando yo llegué estaba encendida la discusión entre los griegos; la mayoría recriminaba la acción de Menelao al haber dejado sin castigar la tremenda ofensa. Pero noté que los que así hablaban eran todos veteranos; los más jóvenes, por el contrario, la justificaban diciendo que no habían visto nunca una belleza igual. Pero, ¿cuántos años tiene?, preguntaban asombrados. Que comprendían a Paris y que comprendían también a Menelao. Que era lógico que ese cuerpo sirviera para algo diferente que para enterrar en él el bronce de una espada. Pero, ¿y el honor?, decían los mayores. ¿Y el respeto que un hombre se debe a sí mismo? Todo ello, ¿no sirve para nada ante las carantoñas de una ramera? Los jóvenes se encogieron de hombros, mientras los viejos se lamentaban de que los valores morales que ellos habían respetado tanto se perdiesen en las nuevas generaciones, que no creían ya en nada. Y que así iba el mundo.

La discusión hubiera seguido indefinidamente si el griterío de las calles próximas al palacio no hubiera recordado a los griegos que estaban perdiendo su participación en el saqueo y en el botín. Salí con ellos y pude ver a Ayante —otro Ayante, éste es de Locria— que llevaba arrastrando a una troyana; me dijeron que era Casandra, la hija de Príamo, la que se pasaba el tiempo va-

ticinando las desgracias que iban a caer sobre Troya. Al parecer tenía razón, y su propio ejemplo lo prueba.

El único héroe troyano de fama que parece haber escapado a la muerte es Eneas, que —dicen aquí— fue el único que sospechó del caballo de madera cuando lo denunció el sacerdote Laocoonte. A éste, dicen los homeritas, le mataron dos serpientes surgidas del mar y enviadas por Minerva, por soplón, y Eneas, ante la tozudez de los troyanos, empeñados en entrar el caballo en la ciudad, prefirió abandonarla y así lo hizo durante la noche, antes del ataque griego. Por cierto, que aquí dicen que se llevó a su padre en sus hombros, lo cual no comprendo demasiado en un varón de su fama y riqueza, a no ser que fuera para evitar el ruido que los carros tenían que hacer en caso de utilizarlos para ese transporte.

He visitado algunas casas; las que no estaban destruidas por el fuego. Y me he dado cuenta de la inteligencia de Ulises. Efectivamente, sin su genial idea, Troya no hubiese sido tomada jamás, porque sus jefes habían preparado un increíble sistema de almacenamiento. En la mayoría de los pisos aparece como un reborde, con un ladrillo encima, y este ladrillo es, sencillamente, la cubierta de unos jarrones gigantescos sepultados en el suelo hasta ese nivel. Son jarras llenas de alimentos; trigo, en unos,

aceite en otros, miel en otros. El aprovisionamiento que he visto en cualquiera de las casas particulares representa lo bastante para mantener a la familia que la habitaba durante años; ya que los jarros miden, a veces, hasta un metro y ochenta centímetros de altura. Sin contar, naturalmente, los almacenes comunales que hemos encontrado en los subterráneos del palacio.

Unas murallas gigantes en el exterior; comida y bebida en el interior, unos soldados dispuestos a morir defendiendo a su patria. Los dados parecían echados a favor de Troya; sólo, insisto, la habilidad de Ulises ha conseguido, en una jugada audaz, quitar al destino las ventajas adversas.

Por lo demás, estas casas no tienen la belleza de las griegas, que he visto en algunos de mis viajes, y en este sentido quizá tengan razón los aqueos al despreciar a los troyanos desde el punto de vista del confort y de la elegancia. Por lo que me ha parecido observar —y desgraciadamente, la semidestrucción de muchas de ellas me ha ayudado mucho para ver cómo estaban edificadas—, la limpieza de las habitaciones no parece haber sido característica muy troyana. Restos de huesos roídos, pieles de animales, cenizas, se amontonaban en algunos suelos como si llevaran allí mucho tiempo. En algunos casos parece que, cuando están ya sumergidos, por decirlo así, en detritus, en porquería, extienden una capa de tierra fresca por encima de todo y reanudan su

vida con un nuevo piso. Dicho de otra manera, los historiadores del futuro sólo tendrán que ir excavando para encontrar ciudades troyanas y les parecerá que ha habido varias, cuando, en realidad, no hay más que una que se ha ido renovando durante siglos. Pero éste es un sueño. De esta ciudad nunca sabrá nadie nada, porque los griegos están dispuestos a terminar con ella hasta sus fundaciones. No quieren que quede constancia siquiera de que hubo una urbe que se atrevió a desafiar a la Hélade y, casi, consiguió su intento.

El día está cayendo sobre la ciudad. No se oye más ruido que algunas casas que se derrumban cuando el fuego que se les ha aplicado a la mayoría va royendo sus bases. Pasan algunos rezagados arrastrando a los últimos prisioneros. A todos parece haberles entrado una gran prisa por dejar la ciudad; todos parecen cansados. Pero, además, como si el final de la guerra mostrara lo que de verdad había dentro de cada uno, la coalición empieza a disgregarse a marchas forzadas. Ha habido ya varias peleas entre los diversos grupos nacionales, y no sólo por el botín; esto sería lo menos raro, ya que ocurre en todos los saqueos; aunque sean hermanos de la misma madre y padre los que asaltan las ciudades, esas acciones bélicas siempre revelan lo peor que cada uno lleva dentro.

Y lo de los hermanos no es aquí una metáfora. En el Ejército circulan versiones de las diferencias que ha habido entre Menelao y Agamenón. Parece que a éste le molestó el perdón concedido a su cuñada, causante de tanta desgracia, y ha echado en cara a Menelao su falta de hombría. Menelao, al parecer, le ha contestado que ningún hombre puede alardear demasiado de su suerte en ese sentido, recordándole los rumores sobre la amistad con Clitemnestra de un tal Egisto, rumores que, efectivamente, habían llegado también a mis oídos. Lo que es seguro es que los dos reyes no se dirigen ahora la palabra y que cada uno ha dado las órdenes oportunas para zarpar en cuanto estén en los barcos las provisiones y las riquezas conseguidas en Troya.

Yo también, como es lógico, regreso, porque mi misión de informador ha quedado cumplida tras el último acto de esta tragedia. Así he empezado mis despedidas.

El primero, por razones de edad, ha sido, naturalmente, Néstor, que me ha abrazado afectuosamente, me ha hecho sentar y ha empezado a recordar viejos tiempos cuando él viajaba por todo el Mediterráneo y visitaba nuestras costas. Por ser la última vez le he dejado explayarse más de lo acostumbrado. Luego he ido a saludar a Agamenón, que ha estado sobrio y cortés, sin excesivas alharacas. Nuestra conversación ha sido interrumpida continuamente porque no dejaba de dar órdenes para que se dieran prisa

en cargar las naves.

Parece preocupado. Y no me extrañaría que fuera por las revelaciones de Menelao. Suponiendo que sean revelaciones, claro.

Para distraerle un poco, se me ha ocurrido hablarle de una ventaja suya en ese terreno. Dado que Aquiles está ya muerto y todo pertenece al pasado —le pregunté—, ¿podría decirme si es cierto que había devuelto a Briseida intacta a los brazos del héroe?

Mi idea tuvo éxito. Su cara contraída se distendió. Se rió mucho, guiñándome un ojo, y luego, en un fingido tono oficial y muy formalista, me dijo: «Hay que respetar la memoria de los Grandes Hombres.» En el fondo le satisface tanto la jugada aquella como el hecho de que haya muerto Aquiles, al que nunca pudo ver. Por cierto, que me han contado una cosa que no sabía y debió de ocurrir en una ausencia mía del campamento griego. Al morir Aquiles se disputaron sus armas —aquellas preciosas armas que le hizo según creen aquí, el cojo olímpico— Ulises y Ayax y estuvieron a punto de llegar a las manos por conseguirlas. Entonces, Ulises dio una fórmula que dijo le parecía la más justa y lógica, para evitar que llegasen a las manos dos aliados. La fórmula era dejar la decisión final a un tribunal compuesto de generales de las fuerzas coaligadas. Ayante, como un imbécil, asintió sin saber que cuando se permite a Ulises maniobrar entre bastidores, no hay quien pueda

superarle en artimañas. Efectivamente, el tribunal decidió que las armas de Aquiles serían de Ulises, y Ayante, avergonzado de que se hubieran burlado de él, se suicidó. Esto es lo que se dice, pero la verdad es que nadie ha visto su cuerpo. Es posible que volviera indignado a su casa antes del asalto final a Troya.

Sólo me quedaba despedirme del protagonista de esta jugada. Ulises me recibió abrazándome contra su ancho pecho. Le felicité de nuevo por la estratagema del caballo, pero no pude por menos de condolerme de la forma en que habían rematado su victoria los aqueos. «Efectivamente, ha habido muchas crueldades —reconoció—, pero ya sabes que la guerra es así. ¿Crees que en Micenas, en Atenas, lo hubieran pasado mejor de ser los troyanos los asaltantes?»

Naturalmente, me guardé de decirle que Troya no había soñado, que yo sepa, en invadir la Hélade, y coincidí con él en que las guerras son todas crueles. Le pregunté por sus planes. Sale inmediatamente para Ítaca y espera estar con su mujer dentro de dos o tres días. Le rogué que la saludara en mi nombre. He oído hablar de ella muy favorablemente en el campamento. Se llama Penélope, y además de mujer de gran belleza es una espléndida tejedora. Aunque algo lenta, según dicen.

He intentado también despedirme de Menelao, pero sus servidores me han dicho que no recibe visitas. Se pasa el día en uno

de los palacios que quedan en pie, con su Helena. Los aqueos dicen riendo que está intentando recuperar los diez años perdidos; otros aseguran que Helena conseguirá con sus caricias lo que no consiguió Paris con sus flechas, es decir, acabar con su vida.

En fin, todo está a punto para el regreso. Mi trirreme no lleva, como los demás que están zarpando, botín de guerra; ni bellas esclavas ni duros trabajadores forzados. Sólo memorias. Pero, ¡qué memorias! Dudo de que haya nunca en el mundo quien haya podido ver lo que yo he visto y que me he esforzado en contar dentro de mis humildes posibilidades. Firmo esta última crónica ya...

...En el mar y rumbo a mi patria.

FIN